Biblioteca de «La Reforma Literaria»

TOMO II

THEARA

Drama en cinco actos y en prosa

ORIGINAL DE

D. Manuel Lorenzo D'Ayot

Director de dicha Revista mensual

MIEMBRO Y CABALLERO DE VARIAS ACADEMIAS Y ÓRDENES EXTRANJERAS

He aquí un problema difícil que yo creo resolverá el tiempo, pero que deseo estudien hoy todos los legisladores del mundo.

EL AUTOR

UNA PESETA



MADRID

Celestino Apaolaza, impresor, San Juan, 14

1893

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Dramáticas

El poder de una pasión, drama en tres actos y en prosa. (Agotado).
La condesa Leonor, idem.
Dos Venganzas, tragedia en un acto y en prosa. (Agotada).
La Bella Desconocida, monólogo dramático.
Dánoscar, tragedia gala en cuatro actos y en prosa. (Agotada).

Literarias

Dentro de la fosa, poema en prosa.
Pilar, idem, 2.ª edición. (Agotada).
Magnolia, idem.
Nieves, idem.
El Féretro Blanco, idem.
La Duquesa de Thágora, idem.
Thállcor, (1.ª edición hecha en Portugal).
El Beso, leyenda ostrogoda.
Trompillo, poema en prosa.
Dobrasko, idem.
La Marmota, idem.
El Beso de Nieve y el Beso de Fuego, idem.
La cita, idem.
La convicción, idem.
El Amante de la Luna, idem.
Otelo y Desdémona, novelita.
Pablo y Virginia, idem.
El Poema del Alma, idem.
El Pasig, poema en prosa.
La Visión del Rey Rodrigo, idem.
Los Amantes, idem.
El Hijo del crimen, idem.
La calumnia, idem.
Samuel Belibeth, leyenda bíblica.
Whora Dállskings, poema en prosa.
La Hija del Trágico, novela.
Grisina, idem.

Poemas en prosa:
Barda Rotzansky.
La Vuelta de las Rosas.
La catalepsia.
El Banquete de Bodas.
Gardelia.
Wlandina Letzinska.

64

Biblioteca de «La Reforma Literaria»

TOMO II

THEARA

Drama en cinco actos y en prosa

ORIGINAL DE

D. Manuel Lorenzo D'Ayot

Director de dicha Revista mensual

MIEMBRO Y CABALLERO DE VARIAS ACADEMIAS Y ÓRDENES EXTRANJERAS

He aquí un problema difícil que yo creo resolverá el tiempo, pero que deseo estudien hoy todos los legisladores del mundo.

EL AUTOR

UNA PESETA



MADRID

Celestino Apaolaza, impresor, San Juan, 14

1893

Este volumen vale por los números de «La Reforma Literaria» correspondientes á los meses de Enero, Febrero y Marzo.

PERSOÑAS

Theara.
Wladimiro de Obernoff.
Alejandro Nadjaski.
Olga Pétters.
El Príncipe Teodoro Dalldjasko.
La Princesa Germana, su esposa.
Ivana, señora de compañía.
La Condesa Tiberowna.
El General Goulmain.
Madame de Marillac.
Lord Boulton-Wherton.
El Marqués di Máffeo di Bamberini.
Mary, doncella de Theara.
Un Maitre de hotel.
Nicolás, ayuda de cámara de Wladimiro.
Gókar, Secretario de Alejandro.

Damas, caballeros, bañistas, lacayos, camareros.

ÉPOCA PRESENTE

La acción del primer acto en Trouville; la del segundo en San Petersburgo; la del tercero en una posesión de Olga en las inmediaciones de esta ciudad; la del cuarto en la capital rusa citada, y la del quinto en París.



ACTO PRIMERO

Parterre de una villa en Trouville.
Es de día.

ESCENA PRIMERA

La Condesa, el Marqués di Máffeo y Madame Marillac, sentados en torno de una mesilla, tomando café; por el foro, bañistas, damas y caballeros en animados grupos.

CONDESA. El señor marqués es un hombre poco galante... no es así Madame de Marillac?

MAD. Muy ciertamente.

MARQUÉS. ¡Ah! non lo credo...

CONDESA. Haced un poco más de memoria.

MAD. Quedamos ayer en que vendríais á las regatas con la Condesa y conmigo, y os fuísteis muy lindamente con milord y con el general mientras os aguardábamos con impaciencia.

CONDESA. ¿Os parece que eso está bien hecho?

MARQUÉS. Credeti excellenzia, che non fu mia culpa.

MAD. No vengáis ahora con excusas.

CONDESA. Os advierto que soy muy rencorosa.

MARQUÉS. ¡Per dío santo!... non posso credérlo... ¿non é vero madama di Marillac?

MAD. Creed á la condesa.

CONDESA. Y máxime cuando os vemos tan entusiasmado con Theara Dalldjasko.

MARQUÉS. Theara... qüesta donna é veramente un angelo.

MAD. Sí, sí... será todo lo angel que queráis, pero ese angel, querido Máffeo, no abre sus alas para vos.

MARQUÉS. E bene... perche'io son vecchio... ¡ah!... si Theara habessi tutta la luce del cielo... si Theara nel suo cuore habeba in altre tempia una bianca ilusione di bambina... io, io il vecchio marchesse di Máffeo, giwo á la vostra exzelencia...

CONDESA. Ja... ja... ja...

MAD. No juréis en falso marqués, que según el decálago, ese pecado es uno de los más feos.

CONDESA. El buen marqués se contenta nada más que con ser admirador platónico de la bella Theara porque así se lo exigen los años y su gravedad de senador, digna reproducción de aquellos magestuosos patricios de la Roma antigua... ¿No es esto, marqués?

MARQUÉS. Per la disgrazia mía.

MAD. ¿Cómo por su desgracia?... ¡no faltaba más!... un hombre de la edad que tenéis es todavía un Apolo presentable.

MARQUÉS. (*Haciéndole una gran reverencia.*) ¡Oh madama!... tantíssimo honore, molto obligato.

CONDESA. Madame de Marillac es imparcial.

MAD. Y tanto... esto no lo digo por vos solamente, no... ahí tenéis al general que á pesar de sus sesenta aún vale más que cualquier gomoso repugnante de esos que tanto abundan aquí y en todas partes como una verdadera plaga de equivocaciones de la naturaleza.

CONDESA. Theara no parece tan asequible como lo demuestra en su trato... Es una señorita rusa de alto coturno, y por más que lo procure, la sangre de aquel país tiene bastante hielo para enfriar todas esas manifestaciones parisienses á las que parece dedicarse con tanto y tan especial esmero.

MAD. ¿Sois casado, marqués?

MARQUÉS. Sí, signora mía.

CONDESA. ¿Tenéis suegra?

MARQUÉS. Ce lo. Per mia nuya.

MAD. ¡Qué picarón!... ¿y os permitís todavía cortejar á las muchachas?

MARQUÉS. Per la grazia di Dio.

CONDESA. Como llegue á conocer á vuestra suegra le cuento las calaveradas que aquí cometéis y de fijo que...

MARQUÉS. Non, non mia signora, per amor di Cristo non ce lo dite.

MAD. ¿Quién es ese gran duque qne acaba de casarse en Moscow.

CONDESA. Un personaje, que á juzgar por lo que de él dicen en todas partes, es un conquistador de oficio, un don Juan de profesión impenitente, más temible que el mismo demonio si anduviera suelto por el mundo.

MAD. ¿Le conocéis?

CONDESA. No.

MAD. ¿Y quién es ella?

CONDESA. Olga Pétters, la hija del gran banquero moscovita.

MAD. ¿Aquella muchacha alta y delgaducha que tanto llamó la atención en París con sus joyas el invierno pasado?

CONDESA. La misma.

MAD. Ha tenido buena suerte.

CONDESA. No lo creo así.

MAD. ¿Y por qué?

CONDESA. Porque aseguran que el gran duque Teófilo Puttganieff es sólo rico en toda la más pomposa apariencia.

MAD. ¡Ah!... entonces...

CONDESA. Sucederá pronto lo que podréis figuraros... Olga, hermosa y amante del lujo y del boato... y además, el duque es un gran jugador de primer orden.

MARQUÉS. ¡Accidenti!

MAD. ¿Eh?... marqués... marqués...

CONDESA. Máffeo es de Calábria y no olvida la costumbre del terno constante de sus bandidos.

MARQUÉS. Perdonate egregia signora... questo e el mío modo di parlare.

MAD. Perdonado por otra vez.

CONDESA. Theara Dalldjasko es mucho más hermosa que Olga, y me extraña que á estas horas no tenga ya un buen partido.

MAD. Corren rumores de que el Czar desea que Theara se case con un caballero cuyo nombre es... ¿cómo se llama, marqués?

MARQUÉS. Si chiama... si chiama... Alessandro Nadssaski.

MAD. Alejandro Nadjaski.

CONDESA. El marqués no puede con la jota.

MAD. Puede asegurarse que esa letra es el tormento de Italia.

ESCENA II

Dichos, el General Goulmain, y Lord Boulton-Wherton.

GENERAL. Este marqués de Máffeo es el hombre de la dicha... ¡siempre acompañando á la hermosura!

MÁD. Muy galante viene el general.

LORD. Monsieur Gonlmain es siempre el mismo, señora de Marillac.

GENERAL. *(Dándoles la mano)* ¿Cómo estamos?

CONDESA. Perfectamente... Tomado el café en la grata compañía del marqués de Máffeo comentábamos algunas cosillas.

GENERAL. *(Sentándose junto á ellos.)* Véamos... véamos... que vuestros comentarios, condesa Tiberowna son siempre sabrosísimos... milord .. ¿no queréis sentaros?

MAD. Lord Boulton-Wherton es poco amigo del descanso.

LORD. ¡Oh madama!... no soy amigo del descanso cuando el *esplee* me agobia, pero teniendo tan bellas cuanto ingeniosas interlocutoras, todo descanso es para mí una muy verdadera dicha. (*Se sienta*)

CONDESA. General, ¿conocéis á Theara?

GENERAL. Sí.

MAD. ¿Os gusta?

GENERAL. Como á todos.

CONDESA. El marqués está chiflado por ella.

GENERAL. Con lo cual demuestra ser un hombre de excelente gusto.

MARQUÉS. Mile grazie, signore.

LORD. Theara es una beldad incomparable.

MAD. También os gusta por lo visto.

LORD. Soy rendido admirador de su hermosura.

MARQUÉS. ¡Bravíssimo!

GENERAL. ¡Ah caramba!... el marqués no es celoso en sus platónicas adoraciones.

MARQUÉS. Non excellenzia, sono indiferente.

GENERAL. Bien hecho, querido Máffeo, los celosos son unos ridículos mandados recoger.

MARQUÉS. La belle..a, la honestá di questa adorabile fanciulla, sono virtu estimabili.

LORD. Muy bien dicho.

MARQUÉS. Theara é comme qüella imágine d'un egregio poeta d'Italia.

CONDESA. ¿Qué imagen, marqués?

MARQUÉS. Questa:

«Era mitte comme il cielo»
«Cuí sórride il sol di Maggio»
«Era bella comme il raggio»
«Che circonda á uu cherubín».

MAD. ¡Hermosa imágen!

GENERAL. Chist... cambiemos de conversación porque allí viene Theara.

ESCENA III

Dichos, Theara é Ivana.

THEARA. (*A Ivana*) ¿Le has visto?

IVANA. (*A media voz*). Más que nunca enamorado. (*Todos se levantan*).

THEARA. ¡Oh señores!... dispensad, no me había fijado... ¿cómo estáis, condesa Tiberowna? ¿y vos, madame de Marillac?... ¿y vos, milord? aquí veo al general tan amable como siempre... caro, marchesse ¿como state?

MARQUÉS. Bene, signorina... ¿e la vostre salute é buona in Trouville?

THEARA. Inmejorable, gracias.

MARQUÉS. ¿E vostro padre?

THEARA. En San Petersburgo.

MARQUÉS. ¿E la principessa, la vostra amabilíssima mamma?

THEARA. También en la corte.

MARQUÉS. Tanto piacere.

THEARA. ¿En qué se ocupaba la distinguida reunión?

CONDESA. En pasar el tiempo lo mejor posible en este aburrido Trouville.

THEARA. ¿No habéis paseado por la playa?

MAD. Teníamos ese pensamiento.

THEARA. Entonces, tendré el gusto de acompañar á ustedes... digo... si no hay inconveniente.
GENERAL. ¡Oh!... ninguno, señorita.
MARQUÉS. *(Ofreciéndole el brazo á Theara)* ¿Andiamo?...
THEARA. Cuando ustedes gusten.
CONDESA. Vamos.
GENERAL. *(Ofreciéndola el brazo)* Tened la bondad, condesa...
LORD. *(Dando el suyo á Madame)* Madame de Marillac...
MAD. Mil gracias *(Apóyase en el)*
CONDESA. *(Al general)* El Marqués es listo.
MARQUÉS. *(Ofreciendo á Theara una flor que había arrancado de una maceta)* Recibete qüest omaggio.
THEARA. *(Tomándola)* Gracias.
MARQUÉS. ¡Oh, per me é dolce paseggiare! *(Vánse, qaedando Ivana).*

ESCENA IV.

Ivana, y momentos después, Wladimiro de Obernoff

IVANA. ¡Perfectamente!... y á mí que me parta un rayo... ¡ah!.. no sucedía esto cuando yo tenía veinte años y aquel novio hulano cuyo bigote me encantaba... ¡pero como ha de ser!... ¡paciencia!
WLADIMIRO. *(Por la derecha)* ¿A donde van?
IVANA. A la playa.
WLADIMIRO. ¿Que hay?
IVANA. Una noticia grave.
WLADIMIRO. ¿Cual?
IVANA. S. S. A. A. vienen á Trouville hoy mismo.
WLADIMIRO. ¡Qué contratiempo!
IVANA. Verdaderamente, señor Conde.
WLADIMIRO. Se llevarán á Theara.
IVANA. Es lo más seguro.
WLADIMIRO. ¡Tan bien que se estaba aquí!
IVANA. Y tanto, señor... pero ¿qué queréis?... los señores adoran en su hija y ya les habrá parecido tres siglos de ausencia estos tres meses de delicioso veraneo.
WLADIMIRO. ¿Te ha dado algún encargo?
IVANA. Si por cierto.
WLADIMIRO. ¿Cual?
IVANA. Que la aguardarais aquí.
WLADIMIRO. Perfectamente.
IVANA. ¡Ay, señor Conde!
WLADIMIRO. ¿Que te pasa?
IVANA. A mi, nada precisamente, pero...
WLADIMIRO. ¿Qué?
IVANA. ¡Creo que hemos andado mucho!
WLADIMIRO. No te entiendo. .
IVANA. Porque no queréis entenderme .. porque á vos no os importa el caso tanto como á mí.
WLADIMIRO. ¿Te refieres á?...

IVANA. Cabal.

WLADIMIRO. ¿Y qué?...

IVANA. ¡Qué se yo!... vos lo habéis hecho, vos lo quisistéis .. mas... si todo se descubriese algún día, aunque yo me afanase á más y mejor en guardar el secreto, ¿qué sería de mí?...

WLADIMIRO. En mi bolsillo, hallarías como siempre, un consuelo á tu dolor.

IVANA. Sois espléndido como ninguno.

WLADIMIRO. Y... dime Ivana; tu que lo calculas y le supones todo... ¿no te parece como á mí, que Theara está destinada por sus padres á un casorio de conveniencias familiares?

IVANA. Habéis acertado, señor Conde.

WLADIMIRO. Habla pues.

IVANA. No hace mucho tiempo... antes de venir con la niña al balneario, S. M. imperial el Czar nuestro señor, presentó al príncipe Teodoro Dalldjasko en una fiesta palatina un caballero de apuesta figura y de regio linaje, como el esposo que mejor convendría á la señorita.

WLADIMIRO. ¿Cómo se llama ese hombre?

IVANA. Alejandro Nadjaski.

WLADIMIRO. Prosigue.

IVANA. El caballero Alejandro visitó la casa de mis señores pero Theara no encontrándolo de su gusto, rehusó redondamente las pretensiones matrimoniales del encopetado galán.

WLADIMIRO. ¡Ella me ama!

IVANA. Habéis conseguido la prueba mejor.

WLADIMIRO. Adelante.

IVANA. Picada... digo, más que picada, espoleada por mi curiosidad me di á indagar acerca del señor de Nadjaski, y he sabido cosas estupendas.

WLADIMIRO. Véamos.

IVANA. El caballero en cuestión es hijo de un matrimonio separado hace años... dicen que fué boda arreglada por el interés... La madre era hermosa y rica, hija adoptiva de un señor forrado en millones, que deseando un marido á su gusto y capricho para manejarlo como un muñeco, puso los ojos en un joven polaco... Figuraos señor Conde, si el muchacho se daría prisa en aceptar, y mucho más, hostigado por su familia que en aquella boda basaba los más astutos planes de enriquecerse á mansalva. Casáronse los prometidos; dióles el padre sus riquezas en dote inestimada, y la feliz pareja lanzóse á disfrutar de su suerte y al parecer de su felicidad... Pasó el tiempo, llegose á ver por ambos la diferencia que existía, y ella se echó un querido, hombre vividor á costa de casadas... ¡Oh!... entonces sucedieron cosas peregrinas... hubo conatos de separación de personas y de bienes... uniones y

paces compradas por ella al imbécil marido siempre que la convenía y disfrutadas anchamente por la fafamilia... je, je, je... señor Conde .. hubo escenas deliciosas como una en que el marido llevaba en el faldón de la levita un pistolete con el que se proponía matar al amante, pero que no se atrevía á sacar nunca, temeroso sin duda de que el tiro le saliese por la culata... así las cosas, el seductor murió, y la impúdica dama echóse otros queridos que á su vez fueron pasando, hasta que al presente, separada ya en absoluto del marido, vieja y repintada como un estatermo vive en Londres, con la circunstancia cómica de que el marido víve también en Londres.

WLADIMIRO. ¡Peregrina historia!

IVANA. Mas todo esto no alcanza al hijo que es todo un caballero, que no los vè ni los oye, que es todo un personaje en la corte imperial y que si no es ni príncipe ni duque es porque no quiere serlo, pues ocupando un alto puesto en la Cancillería, baraja esos títulos como naipes.

WLADIMIRO. Y tu crees en la realización del matrimonio de Theara con ese caballero?

IVANA. Ella solo os quiere á vos por marido porque os ama con toda su alma. . mas... me voy... la señorita se acerca... mirad.

WLADIMIRO. Vete pues (*Váse Ivana)*

ESCENA V

Wladimiro y Theara, por el foro.

THEARA. Wladimiro...

WLADIMIRO. ¡Hermosa mía!

THEARA. ¿Me esperabas?

WLADIMIRO. Sí.

THEARA. Te ha dicho Ivana...

WLADIMIRO. Sí.

THEARA. Ya ves que nuestros amores van á sufrir una intermitencia.

WLADIMIRO. ¡Desgraciadamente, Theara mía!

THEARA. Wladimiro, yo tengo que decirte una cosa y al llegar á tu presencia, enmudezco sin saber por qué.

WLADIMIRO. Habla con entera libertad.

THEARA. ¿Tu me amas?

WLADIMIRO. Ya lo sabes.

THEARA. ¿Serás siempre mío?

WLADIMIRO. Siempre.

THEARA. Adorándote ciega y loca de pasión, he sido toda tuya en cuerpo y alma: tu has deseado y yo no he hecho más que obedecerte confiándote mi honor y mi corazón como los dos tesoros más preciados que el amor me ha obligado á deponer ante el altar de tu cariño...

¡ah Wladimiro!... olvidándolo todo hemos vivido en lo más espeso de nuestro paraiso una vida sublime, si... una vida que no era para nosotros tan repentinamente.

WLADIMIRO. ¿Qué me quieres decir?

THEARA. ¿No lo adivinas?...

WLADIMIRO. ¡Oh!

THEARA. La realidad ha llegado... nadie más que tu y yo lo sabemos porque tu y yo lo quisimos... te he tenido siempre como un perfecto caballero... mis padres van á llegar de un momento á otro... ¿lo entiendes?... tu no eres un cualquiera para que los principes Dálldjasko no te quieran por hijo suyo .. háblales, y si es preciso que la tremenda confesión brote de mis labios para convencerlos, brotará, Wladimiro, aunque al hacerlo muera á sus plantas de vergüenza.

WLADIMIRO. Mas ellos...

THEARA. ¿Que?

WLADIMIRO. Proyectan tu enlace con el caballero Nadjaski...

THEARA. ¡Enlace imposible, ahora más que nunca!... ¿lo harás?

WLADIMIRO. Aquí no... yo os seguiré disimuladamente á la corte, y te juro que allí cubriré mi falta cual cumple á un caballero.

THEARA. ¿Y por qué no aquí?

WLADIMIRO. Temamos el escándalo, querida mía; aqui, así tan de improviso, tu comprenderás...

THEARA. Tienes razón, Wladimiro... mas antes de partir quiero que á mi sola... aquí... sin más testigos que Dios, me jures que has de ser mi esposo.

WLADIMIRO. ¿Lo dudas?

THEARA. De ningún modo... pero la solemnidad de tu juramento me dará la seguridad del porvenir.

WLADIMIRO. ¡Te lo juro por nuestro amor!

THEARA. Así... así la fé en tu palabra no dará lugar en mí al más ligero remordimiento... ¡cuánto te amo, Wladimiro, cuánto!

WLADIMIRO. Y una vez unidos para siempre, nuestra felicidad será eterna.

THEARA. ¡Oh sí!

WLADIMIRO. ¡Theara de mi alma!

THEARA. Tu juramento me enajena de alegría... ¡si vieses cuanto he sufrido hasta este momento!

WLADIMIRO. ¡Tontería!

THEARA. ¡No he temido nunca tanto la proximidad de un instante!... Enamorada de ti con ese amor divino que la adolescencia de la vida reviste con todos los explendores del afecto más purísimo y más sublime del alma, yo te aguardaba siempre embriagada en tu recuerdo... llegabas... en aquella soledad perfumada del lujoso gabinete parecía que un angel respiraba con aliento de inmortal ventura... nunca pensé en si mi conducta era ó no era natural... pero cuando he sentido como

Eva la amargura fugaz de la manzana... he vacilado y hasta he dudado un momento... ¿por qué no he de decírtelo tal como lo he sentido?... he dudado sí, porque no sabía si á ti te agradaría la noticia... la verdad... lo real de nuestras ilusiones.

WLADIMIRO. ¿Por qué había de disgustarme? eso menos nos queda que hacer, y los caminos que se andan tan de prisa en amor son como peldaños de oro de una escalera que nos asciende al cielo.

THEARA. Soy completamente feliz... adios... voy á disponer mi partida... hasta muy pronto... adios. (*Vase por la izquierda*).

ESCENA VI

Wladimiro

¡¡Qué barbaridad!!... esa noticia estupenda me anonada por completo... ¡no!... no puede ser... el prematuro fruto de ese devaneo me horripila... es necesario poner tierra de por medio á todo trance aunque mi caballerosidad sufra el desdoro que sufra.. yo no me caso ni puedo casarme por la sencilla razón de que acabo de casarme en Berlín con otra mujer... ¡maldita suerte!... La pobre niña me ama y mi conducta la matará... ¡Theara, Theara!... ¿por qué tu hermosura soberana brilló á mis ojos como sol expléndido?... Si, ahora póngase usted á filosofar... si aquí no cabe más que huír, y huír más rápido que el viento... Después de todo una aventura más en mi larga serie de amoríos no significa nada... ¡Si yo me hubiera casado con todas las mujeres que han sido madres por causa mía!... ¡bah!... la cosa no es para tanto... (*Pausa*) ¡Oh! . pero en las borrascas de mis caprichos, esta mujer se me aparece como la Haída de Byron... esta niña encantadora me ha impresionado de veras... ¡Theara!... ¡pobre Theara!... (*Pausa*) Nicolás... chist, Nicolás.

ESCENA VII

Wladimiro y Nicolás

NICOLÁS. ¿Qué mandáis, señor Duque?

WLADIMIRO. Chist... ¡imbécil! .. ¿olvidas que aquí no soy más que el Conde de Obernoff?

NICOLÁS. Perdonad, señor... la costumbre...

WLADIMIRO. ¡La costumbre!... ¿no estás acostumbrado á verme variar de nombres según mi capricho?

NICOLÁS. Dispense V. A....

WLADIMIRO. Oye .. (*En voz baja*). Sin que nadie se entere de ello, pagas la cuenta del hotel, dispones el equipaje, y ahora mismo tomas billetes para París.

NICOLÁS. Perfectamente, Alteza.

WLADIMIRO. Si llego á saber que alguien se ha enterado de esto, te rompo las costillas.

NICOLÁS. Descuidad. (*Oyénse risas y voces que se acercan*).

WLADIMIRO. Vete á escape, (*Váse Nicolás*).

ESCENA VIII

Wladimiro, el Marqués, la Condesa, el General, Madame de Marillac, Lord Boulton-Wherton.

MARQUÉS. ¡Non en vero!... ¡no!
CONDESA. ¡Ja! .. ¡ja!... ja...
GENERAL. Querido Máffeo, habéis perdido.
MAD. ¡Si os viera *mamá*!
TODOS. Ja... ja... ja.
WLADIMIRO. ¿Qué ocurre señores?
LORD. El Marqués de Máffeo ha perdido una apuesta singular.
MARQUÉS. Fáttime il honore di non créderlo, excellenzia.
CONDESA. Apostábamos á que Máffeo no era capaz de enamorar á cierta pomposa jamona que hemos visto en la playa; el ha sostenido la apuesta, y cuando ha ido á contar su pasión á la dama, ésta le ha soltado un bofetón de primer orden.
WLADIMIRO. ¡Pero señor Marqués!...
MARQUÉS. Veramente é fatto una zagazzatta.
MAD. Habeis dicho una gran verdad.
GENERAL. Si es la suerte que en amores tenéis...
MARQUÉS. ¡Amore!... io sono afortunato in il chuocco... ecco il problema.
LORD. No os falta razón.
GENERAL. Y ¿qué tal, Conde de Obernoff?... ¿os agrada Trouville?
WLADIMIRO. Muchísimo.
CONDESA. El señor Conde no podrá quejarse...
WLADIMIRO. ¡Oh!... de ningún modo.
MAD. Trouville tiene para él encantos especiales.
MARQUÉS. ¡Oh assai!
WLADIMIRO. Vuestra grata compañía... este delicioso clima...
GENERAL. No es eso solamente.
WLADIMIRO. ¿Pues?...
LORD. Los hombres dichosos tienen la virtud del disimulo.
WLADIMIRO. ¡Oh!... creedme que...
MAD. Sois la contraposición del Marqués.
MARQUÉS. Si, si.
CONDESA. Todos sabemos, señor Conde, que sois aquí el único dichoso.
WLADIMIRO. Si os empeñáis...
GENERAL. La buena suerte es la que se empeña en haceros su favorito.
MAD. ¡Y tanto!

ESCENA IX

Dichos, Ivana, Theara, el Príncipe y la Princesa por el foro.

IVANA. Por aquí...
THEARA. Pasaremos un momento...

PRÍNCIPE. No, hija mía... aquí descansaremos.

PRINCESA. Ivana, ve á disponer que se nos sirva el almuerzo enseguida. (*Vase Ivana*).

PRÍNCIPE. (*Saludando*). Señores...

CONDESA. Príncipe... y vos, Princesa ¿cómo estáis?

PRINCESA. Muy bien, ¿y vos, Condesa Tiberowna?

CONDESA. Siempre á vuestra disposición.

MARQUÉS. ¡Oh! carissimo signore, ¿comme state?...

PRÍNCIPE. ¡Vos por aquí, querido Màffeo!... ¿y la señora Marquesa vuestra esposa?

MARQUÉS. Bene, in Torino con sua madre.

WLADIMIRO. (*Ap.*) ¡Ellos!... (*Alto*). Señores, los Príncipes desearán reposar de su viaje y...

MÁD. Tenéis razón, Conde.

PRÍNCIPE. ¡Oh!... por nosotros que no se moleste nadie.

WLADIMIRO. No es molestia, señor... pero comprendemos que...

CONDESA. Decís bien... ¿vamos á echar una partida de ecarté?

GENERAL. Como gustéis.

CONDESA. (*Estrechando las manos á los Príncipes*). Hasta muy pronto.

PRÍNCIPES. Yo siento de todo corazón que por nosotros dejéis este ameno sitio.

LORD. No lo sintáis... es en nosotros un deber que...

MARQUÉS Alteza, addio... sempre vostro. (*Saludan y vánse*).

ESCENA X

El Príncipe, Theara y la Princesa.

PRÍNCIPE. ¡Brillante colonia veraniega!

PRINCESA. ¿Quién es ese caballero tan cortés?

THEARA. El Conde Wladimiro de Obernoff.

PRÍNCIPE. Arrogante mozo.

PRINCESA. ¡Hija mía!... ¡cuánto deseábamos abrazarte!

PRÍNCIPE. ¿Qué tal lo has pasado por aquí?

THEARA. Muy bien.

PRINCESA Ya es tiempo de que vuelvas á la corte; además pensamos llevarte á Paris, y no es cosa de que pases en Trouville todo el verano.

PRINCIPE. Verdaderamente que esto es encantador.

PRINCESA. ¿Que tal se ha portado Ivana?

THEARA. Muy bien.

PRÍNCIPE. Mas vale así.

PRINCESA. ¿Sabes que tu amiga Olga se ha casado?

THEARA. ¿Con quién?

PRÍNCIPE. Con el gran Duque Teófilo de Puttganieff, personaje moscovita á quien no tenemos el gusto de conocer.

THEARA, ¿Hace mucho tiempo?

PRINCESA. Cuatro meses escasamente... Ella se halla en la actualidad en Cintra y el viaja por Francia.

PRINCIPE. Y apropósito de matrimonios... ¿qué contestación piensas dar al caballero Alejandro Nadjaski que tanto desea hacerte su esposa?

THEARA. Una vez en la corte, resolveré padre mio.
PRINCESA. Theara dice bien... que espere un poco más.
PRINCIPE. Es que el Czar se muestra muy interesado en la boda... tanto que hasta ha llegado á ofrecer á Nadjaski un título ducal... ya ves que la cuestión no es para que se esté demorando caprichosamente.
THEARA. S. M. I. es muy amable.
PRINCESA. ¡Y tanto, hija mía!
PRINCIPE. Yo creo que esa boda labrará para siempre tu ventura... y puede que el señor de Nadjaski se pase por Trouville hoy mismo para verte, según nos lo indicó al saber nuestra venida al balneario.
THEARA. ¿Partiremos pronto?
PRINCESA. Hoy mismo.
THEARA. Y ese caballero Nadjaski ¿no encuentra otra mujer más digna de ser su esposa?
PRINCIPE ¿Qué estás diciendo, muchacha?... Como nuestra hija no hay dos en nobleza ni en hermosura en toda Europa... La modestia cuadra muy bien á la juventud, pero no tanta, querida Theara, no tanta.
PRINCESA. Tu padre dice bién.
THEARA. ¡Oh!.. perdonad...
PRINCIPE. Debes comprender lo que eres.
PRINCESA. Es muy justo.
PRÍNCIPE. Además, como Nadjaski, no encontrarás ningún marido.
PRINCESA. Noble, opulento y protegido por el Czar, no es un partido despreciable.
PRINCIPE. ¡Que ha de serlo!
PRINCESA. Ya quisieran muchas un marido así.
PRINCIPE. ¡Una bicoca!
THEARA. Resolveré como os he dicho.
PRINCESA. Perfectamente.
PRÍNCIPE. Aunque este sitio me parece un Eden á la moderna, creo que será conveniente partir después de almorzar... ¿qué os parece?
THEARA. Como gustéis.
PRINCESA. Si, será mucho mejor.
PRÍNCIPE. Entonces no hay más que hablar.
PRINCESA. Querida Theara... se me olvidaba el darte una noticia agradable.
THEARA. ¿Cual?
PRINCESA. Que dentro de algunos días tenemos organizado un banquete en la corte en honor de Olga que regresará de su viaje á Portugal... ya sabes que á Olga la queremos como si fuese tu hermana; así es que no hemos vacilado en agasajarla con este banquete de pura confianza, en ausencia de su marido, porque de otro modo la fiesta revestiría caracteres de pesada etiqueta... habría que convidar á mucha gente... se llenarían nuestros salones de princesas y grandes duques, y todo

ese bullicio me fastidia, que para grandes duques tengo bastante con tu padre.

PRÍNCIPE. Alejandro será uno de nuestros comensales.

PRINCESA. ¡Ya verás que hombre tan fino!

PRÍNCIPE. ¡Ya lo creo!

IVANA. (*Por la izquierda*). Cuando S. S. A. A. gusten.

PRINCESA. Ya era hora, vamos. (*Apóyase en el brazo de Theara*).

PRÍNCIPE. (*A Ivana*) ¿Has pedido gabinete reservado?

IVANA. Si señor.

PRÍNCIPE. Muy bien... je je... esta Ivana es una *chica* lista. (*Vánse*

ESCENA XI

Wladimiro en traje de viaje y Nicolás.

WLADIMIRO. ¿Lo has dispuesto todo?

NICOLÁS. Si, excelencia.

WLADIMIRO. Iremos á pie á la estación.

NICOLÁS. Es el caso, señor, que como no me dijisteis nada sobre el modo de trasladarnos á la estación...

WLADIMIRO. ¿Qué?...

NICOLÁS. Tengo dispuesto un coche.

WLADIMIRO. ¡Bruto!

NICOLÁS. Yo....

WLADIMIRO. Ya no tiene remedio, vamos. (*Van á salir en el momento que entra Alejandro Nadiaski*)

ESCENA XII

Dichos y Alejandro Nadjaski.

ALEJANDRO. Dispensad...

WLADIMIRO. ¿En qué puedo serviros?

ALEJANDRO. ¿Es este el hotel Biandot?

WLADIMIRO. El mismo.

ALEJANDRO. ¿Sabéis si aquí se hospedan los príncipes Dalldjasko?

WLADIMIRO. Han llegado hace un instante.

ALEJANDRO. Mil gracias.

WLADIMIRO. No hay de que... Caballero... (*Lo saluda con la cabeza y váse con Nicolás*).

ESCENA XIII

Alejandro, y la Condesa momentos después.

ALEJANDRO. Es singular que en este hotel no haya nadie para recibir á los viajeros... (*palmeteando*) ¡Camarero!... pues señor, muy ocupados deben de estar cuando nadie responde... (*Se sienta*).

CONDESA. (*Entrando*). ¡Señor de Nadjaski!

ALEJANDRO. (*Levantándose*). Condesa Tiberowna... no os hacia en Trouville... ¿cómo estáis?

CONDESA. Bien.. ¿venís á ver á Theara?

ALEJANDRO. Sabéis...

CONDESA. Precisamente hoy hablaba de vos... conque... ¿cuándo es la boda?

ALEJANDRO. Muy pronto habláis de ella, cuando aún no tengo siquiera la certeza de ser amado.

CONDESA. Yo creía...

ALEJANDRO. Theara aún no ha respondido definitivamente á mis pretensiones.

CONDESA. Los príncipes están aquí.

ALEJANDRO. Lo sé, y por eso vengo.

CONDESA. ¿A haceros el encontradizo?

ALEJANDRO. No por cierto... antes de que saliesen de San Petersburgo les anuncié mi venida.

CONDESA. Y... ¿Qué hay por la corte?

ALEJANDRO. Poca cosa.

CONDESA. Señor de Nadjaski, seréis verdaderamente un hombre felicísimo si os casáis con Theara.

ALEJANDRO. Oh... mil gracias, condesa.

CONDESA. No podéis figuraros lo admirada que es aquí la hermosura de vuestra prometida.

ALEJANDRO. ¡Qué me place!

CONDESA. ¡Vanidosillo!

ALEJANDRO. Sois injusta... ¿queréis que permanezca indiferente á una noticia como esa?

CONDESA. Desde el primero hasta el último, confiesa aquí todo el mundo que Theara es una belleza nunca vista en Trouville... ¿sois celoso?

ALEJANDRO. ¿No... por qué lo preguntáis?

CONDESA. Porque aquí se dice...

ALEJANDRO. ¿Qué?

CONDESA. Que Theara tiene novio.

ALEJANDRO. ¿Sí?

CONDESA. Tal se murmura.

ALEJANDRO. ¿Y quien es él?

CONDESA. Un conde ruso.

ALEJANDRO. ¿Le conocéis.

CONDESA. Sí.

ALEJANDRO. Me tiene sin cuidado la noticia... si Theara no me ama, no he de ser yo quien la ponga al pecho un puñal para que me quiera.

CONDESA. Decís bien.

ALEJANDRO. Cada uno es dueño de su corazón.

CONDESA. ¿Habéis estado en París?

ALEJANDRO. De paso.

CONDESA. ¿Y la archiduquesa Estefanía?

ALEJANDRO. Defendiendo como siempre sus cincuenta.

CONDESA. Son ustedes implacables con ella.

ALEJANDRO. No se por qué.

CONDESA. La archiduquesa es digna de conmiseración por su añeja historia.

ALEJANDRO. ¿Qué historia?

CONDESA. No sabéis...

ALEJANDRO. Ni una palabra.

CONDESA. Dícese de ella que allá cuando frisaba en los treinta y era la hermosura más espléndida de la corte rusa, tuvo un devaneo amoroso con cierto caballero holandés del cual quedó en estado interesante...

ALEJANDRO. ¿Sí?

CONDESA. Que el holandés era un tunante de primer orden y que la dejó para continuar sus aventuras cupidinescas, y que ella al verse abondonada entregóse á una abortadora para salvar su honor social y poderse casar con el que hoy es su marido divorciado, puesto que el buen señor se enteró del crimen y resolvió separarse de ella muy diplomáticamente para que el escándalo no se hiciese público.

ALEJANDRO Ignoraba todo eso... ¡diantre!

CONDESA. ¿No os parece muy prudente la conducta del marido? ¿no hubiérais hecho lo mismo?

ALEJANDRO. ¡Qué se yo!

CONDESA. Vaya... os dejo, pues tengo que aviarme para la *garden party* de esta tarde... no os vayáis sin despediros... adios, señor de Nadjaski.

ALEJANDRO. ¿No queréis que os acompañe?

CONDESA. No... mil gracias... estaréis deseando ver á Theara, y no es cosa de que por mí dejéis de contemplar á vuestro adorado tormento... adios.

ALEJANDRO. A vuestros piés, señora Condesa. (*Vase la Condesa*)

ESCENA XIV

Alejandro Nadjaski.

La Condesa Tiberowna tan murmuradora como siempre! (Sentándose y encendiendo un cigarro) Como buena hija de Eva, se ha apresurado á darme la noticia de que Theara tiene novio... ¡phs!... que lo tenga... todas las almas necesitan el aprendizaje del amor antes de consagrarse al matrimonio, y no he de ser yo el que impida el deletreo de ese abecedario del cariño que todos los corazones aprenden para la sublime conjugación del verbo amar en sus tiempos más imperativos .. ¡Qué clima tan deliciosa!... si esta estación durara siempre, con ella durarían todas nuestras ilusiones, (*pausa*). Pero es el caso, que mi apetito va en aumento y... ¡calle!... (*Levantándose*) Theara viene... ¡que hermosa y que sencilla!

ESCENA XV.

Alejandro y Theara

THEARA. (*Por la izquierda. Ap. sin reparar en Alejandro*) ¿Se habrá ido?... no me explico...

ALEJANDRO Señorita....

THEARA. ¡Ah!. . (*Ap.*) ¡Dios mio!

ALEJANDRO. ¿Os sorprende mi presencia?

THEARA. No... sabía por mis padres que vendríais. . venid, os están aguar lando... ¿queréis que avise?

ALEJANDRO. Un instante, señorita.

THEARA. Su impaciencia por veros. .

ALEJANDRO. Más ha sido la mía por tener la satisfacción de veros á vos.

THEARA. ¡Oh!... tantas gracias.

ALEJANDRO. Si .. ansiaba veros para deciros una vez más que os amo, que os adoro y que espero anhelante vuestra respuesta.

THEARA. Yo... dispensad. . pero...

ALEJANDRO. ¿No me amáis? ¿he de ser tan desgraciado que únicamente merezca vuestro desdén?

THEARA. No tal, señor de Nadjaski... pero vuestro amor...

ALEJANDRO. ¿Os parece poco?... ¡ah!... yo quisiera tener palabras más expresivas con que convenceros... yo quisiera que viéseis mi corazón, y que en su fondo halláráis lo que no acierto á decir.

THEARA. Os creo de todo corazón... no necesitáis violentar vuestro lenguaje para que yo me convenza del cariño que inmerecidamente os he inspirado... gracias... tal distinción me favorece en alto grado... pero yo no puedo responderos.. no me preguntéis porque... yo misma lo ignoro, y esta ignorancia mía hace que os trate muy á mi pesar con un desdén que estoy muy lejos de sentir hacia vos, aunque no sea más que por la gratitud que me merecen vuestros nobles deseos... Hay momentos en que las almas parece que no existen... la mía fatalmente se halla en uno de esos instantes inexplicables en que la misma nieve de la Siberia no podría rivalizar con ella.

ALEJANDRO. Dadme al menos una esperanza.

THEARA. ¿Os basta tan solo eso?

ALEJANDRO. Dice un adagio que la felicidad esperada es mejor que poseida.

THEARA. Mis padres me hablaban de vos hace algunos momentos y yo les respondí...

ALEJANDRO. ¿Qué?

THEARA. Que resolvería en la corte.

ALEJADDRO. ¡Oh!

THEARA. ¿No os agrada?

ALEJANDRO. Al contrario señorita... al contrario... yo os ruego que no toméis mi exclamación como muestra de desagrado... Comprendo que pensar en el matrimonio es un gran pensamiento de laboriosa gestación, y mucho más cuando, como decís, se halla el alma en un estado innenarrable.

THEARA. Confiad en que no os haré esperar mucho tiempo más del que ya habéis aguardado injustamente.

ALEJANDRO. Con tal de que vuestra respuesta se favorable, aguardaré cuanto tiempo necesitéis para pensarlo.

THEARA. ¿Y si fuese contraria?

ALEJANDRO. ¿Pensáis en que así sea?

THEARA. No os lo aseguro.

ALEJANDRO. Seríais cruel en demasía.

THEARA. No deis crédito á lo que os digo... yo misma no sé lo hago.

ALEJANDRO. Si vuestra respuesta matase en flor la ilusión suprema de mi querer... si al cabo no comprendiéseis la verdad inmensa de mi sentir. . creedme... dariáis á mi alma más luto y pesadumbre que duelo y amargura pueda yo llorar eu el resto de mis días... ¡ah, Theara!... amar como yo os amo, es algo que rivaliza con una potencia eternal... yo os vi sencilla y divina como un angel de Longfelow... ¿os acordais?... la capilla bizantina del palacio de vuestros padres, reverberaba de luz para que ante su altar hicieseis la primera comunión, como blanca paloma que pliega sus alas para recibir un don supremo de vida... os ví, si... os vi como nunca mis ojos habían visto á mujer alguna y os adoré desde entonces como vos adorábais purísima aquel día al Dios que iba á convertir vuestra alma en santuario de su majestad divina. . En vuestro ser alienta la esperanza de mi ventura y en vuestra resolución estriba todo el porvenir de mi vida... no seáis cruel, yo os lo suplico como podría suplicarse al cielo en horas de tremenda agonía... no lo seáis Theara idolatrada, porque vuestra negativa podría conducirme á donde me espanto solo de pensarlo.

THEARA. Confiad, amigo mio.

ALEJANDRO. Confiado quedo, y en tal confianza se resume todo mi mañana.

THEARA. Véis la cosas con demasiado pesimismo.

ALEJANDRO. Amor es un compuesto de duda y de fé que consigo lleva siempre el abismo y el eden.. Acaso vos no hayais experimentado la amarga verdad de ello.

THEARA. ¡No lo sé!

ALEJANDRO. ¡Dichosa vos!

THEARA. Creed que yo misma no me doy cuenta de ello.

ALEJANDRO. ¡Quien fuera así!

THEARA. ¿Me envidías?

ALEJANDRO. Si.

THEARA. Pues hacéis mal.

ESCENA XVI

Dichos, los Principes, é Ivana.

PRINCIPE. ¡Señor de Nadjaski!...

ALEJANDRO. ¡Oh Altezas!... ya veis que cumplo con lo ofrecido.

PRINCESA. ¡Que nos place!

PRINCIPE. Y antes de darnos el gusto de estrecharos la mano, habláis con esta tontuela... je... je... no perdéis ripio... y ¿que tal? ¿que tal? ¿la vais convenciendo?

ALEJANDRO. Confío en su respuesta.

PRINCESA. Podemos aseguraros que será á medida de nuestro deseo.

PRINCIPE. Pero... ¿qué tienes Theara?... estás así como disgustada ..

THEARA. No tal, señor... no tal.

PRINCIPE. Más vale así, hija mia.

PRINCESA. ¡Y permaneceréis en Trouville?

ALEJANDRO. No, princesa Germana... vine por tener el gusto de saludar á vuestras Altezas.

PRÍNCIPE. Nosotros nos vamos ahora mismo.

ALEJANDRO. Pues tendré el honor de haceros compañía.

PRINCESA. Apropósito, Ivana... ¿has dispuesto que venga el coche.

IVANA. Helo ahí señora. (*Aparece un landeau descubierto con soberbio tronco y lujoso cochero, que se detiene en el foro*).

PRINCIPE. Perfectamente.

PRINCESA. ¿Y los equipajes?

IVANA. Todo está dispuesto señor.

PRINCIPE. Con que... al coche.

PRINCESA. Vamos.

PRÍNCIPE. Un momento... ahora me acuerdo de que no nos hemos despedido de la Condesa Tiberowna y de la amable colonia veraniega... mas... por allí viene.

ESCENA XVII

Dichos, la Condesa, el General, Lord Boulton Wherton, Madame de Marillac, el Marqués de Máffeo, Damas y Caballeros.

MARQUÉS. ¡Oh gran dio!... alteza... ¿comme tan presto ritorna?

PRÍNCIPE. Venimos unicamente por nuestra híja, cumplido nuestro deseo y después de haber descansado en vuestra grata compañía volvemos á San Petersburgo.

MARQUÉS. ¡Oh dolore!... io qui credeba che la vostra alteza, faría á qüesta villa il honore de la sua precenzia per molto tempo...

PRINCIPE. Adios, querido Máffeo. . dad mis rocuerdos á la señora marquesa, y si algún día vaís á San Petersburgo no os olvidéis de que en nuestra casa se os aprecia siempre de todo corazón

MARQUÉS. Mile gracie, alteza... io stato veramente obliggato á il segno di vostra altissima considerazione

PRÍNCIPE. Condesa Tiberowna, lo mismo os digo.

CONDESA. Lo agradezco infinito...pronto regresaré á la corte y tendré el honor de saludar á vuestras altezas. (*Mientras los príncipes saludan á los presentes, Theara dice á Ivana en voz baja.)*

THEARA. ¿Y el conde de Obernoff?

IVANA. Lo ignoro, señorita.

THEARA. ¡Oh!

CONDESA. Caballero Nadjaski, ¿os váis también?

ALEJANDRO. Sí condesa.

CONDESA. Adiós pues, y no os olvidéis de que en Trouville se os aprecia.

ALEJANDRO. Tantísimas gracias, señora.

CONDESA. Theara, que llevéis buen viaje.

THEARA. Gracias, condesa Tiberowna.

MAD. Lo mismo digo.

GENERAL. Y yo.

LORD. Y yo.

MARQUÉS. ¡Oh signorina!... addio, il vostro ricordo non morirá in qüesto vostro amico dell cuore.

THEARA. Un millón de gracias, señor Marqués.

ALEJANDRO. *(Dando el brazo á Theara)* Tened la bondad...

PRÍNCIPE. *(Dando el suyo á la Princesa)* Vámonos... *(Saludando con el sombrero)*. Señores...

(Suben al coche, los Príncipes, Theara, Ivana y Alejandro: los presentes saludan á los príncipes, con sombreros y pañuelos, el coche parte).

TELÓN

Fin del acto primero

ACTO II

Salón pequeño y elegantísimo, ante-comedor en el palacio Dalldjasko.

Al foro una gran puerta que da entrada al comedor, suntuosamente decorado, y en cuyo centro se verá la rica mesa, cuando oportunamente abra las puertas labradas el Maitre de Hotel.

Este ante-comedor, es la estancia destinada á tomar la *sokouka* (1) en varias mesitas y servida en especial vajilla. Aunque adornan este recinto algunos asientos de brocatel, los comensales comen de pie.

Puertas á derecha é izquierda con tapices.

Es de noche.

Una profusa iluminación de arañas y candelabros alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA

El Príncipe dando el brazo á Olga, el Marqués de Máffeo á la princesa Germana, y Alejandro á Theara. Al levantarse el telón, todos entran en escena por la izquierda. Camareros de rica librea sirven á los comensales.

OLGA. Sois amables, no merecía mi modesta persona tan suntuoso festival.

PRÍNCIPE. Sois digna de mucho más.

PRINCESA. ¡Ah señor Marqués!... con cuanta satisfacción os vemos entre nosotros.

MARQUÉS. E io, ancora principessa.

ALEJANDRO. ¡Qué hermosa estáis con ese elegantísimo vestido de piel de seda!

THEARA. Es lisonja.

ALEJANDRO. No, no... justicia cumplida.

PRÍNCIPE. Me extraña que la condesa Tiberowna no haya venido aún.

OLGA. Ya he sabido que ha pasado la condesa el verano en Trouville en compañía de su amiga madame de Marillac.

PRINCESA. ¿Sois gastrónomo señor Marqués?...

MARQUÉS. ¡Phs!... cual che pocco.

PRÍNCIPE. El Marqués es de los míos.

MARQUÉS. E vero. Al banquetto di palazzo mi siedo con molto piacere.

---

(1) Lo que en Aragón se llama *la sosiega*, es decir tomar aperitivos antes de sentarse á la mesa. Costumbre rusa.

PRINCIPE. ¿Siempre que los manjares sean bien presentados... ¿no es eso?

MARQUÉS. Veramente

PRINCESA. Pues aunque sea una inmodestia de mi parte, yo os aseguro que en esta casa se practican muy á conciencia las doctrinas culinarias que profesáis.

MARQUÉS. ¡Molto melio!

PRINCESA. Sentiría empezar la *sokouka* en ausencia de la Condesa.

PRÍNCIPE. La aguardaremos un instante.

ALEJANDRO. *(A Theara en voz baja).* ¿Sois feliz?

THEARA. ¿Por qué lo preguntáis?

ALEJANDRO. Porque siéndolo muy mucho á vuestro lado esta noche, me pesaría grandemente que vos no lo fuérais.

THEARA. ¿Creéis que tengo motivos para estar triste?

ALEJANDRO. Muy al contrario, señorita.

THEARA. Entonces....

OLGA. ¡Querida Theara!... no me canso de admirarte... ¡cuánto has crecido y cuán bella te vas poniendo cada día!... ¡cómo pasa el tiempo!... ayer éramos tú y yo dos niñas en el colegio, más revoltosas que aplicadas, y hoy somos tú la bella mariposa y yo la señora casada. *(Apártanse Theara y Olga de los demás).*

THEARA. ¿Cómo te va en tu matrimonio?

OLGA. Á decirte verdad, amiga mía, no lo se.

THEARA. ¡Cómo!

OLGA. Hacen cuatro meses que me casé, y de esos cuatro, creo que solamente he vivido uno y medio con mi esposo.

THEARA. ¿Pues?...

OLGA. El gran Duque es un hombre ardilla... tan pronto está en Rusia como en Francia, Italia ó Alemania... sé que gusta bastante del bello sexo, pero eso me tiene sin cuidado... no soy celosa, y con tal de que en presencia mía no me falte mi marido se lo perdono todo muy generosamente.

THEARA. ¿Te ama?

OLGA. Así lo asegura...

PRINCIPE. Yo os digo que no, Marqués... las anchoas son preferibles á los piklets ingleses.

MARQUÉS. Mi vieni memoria un detto molto á proposito.

ALEJANDRO. ¿Alguna anécdota ó chascarrillo tan picantes como los piklets?

OLGA. Yo te lo aseguro, hija mía... los maridos deben tomarse con toda amplitud de tolerancia, porque si no el matrimonio llega á hacerse insoportable.

THEARA. ¿Te han dicho mis padres que Alejandro Nadjaski desea ser mi esposo?

OLGA. Sí.

THEARA. ¿Qué te parece?

OLGA. Esa pregunta debo hacértela á tí y no tú á mí.

PRÍNCIPE Y PRINCESA. ¡Ja!... ja... ja...

MARQUÉS. E certo, non lo dubitate.

PRÍNCIPE. ¡Tenéis buenas ocurrencias!

OLGA. ¿De qué se rien ustedes?

PRINCESA De un delicioso chascarrillo del Marqués.

CONDESA. *(Entrando por la izquierda)* Buenas noches, señores.

PRINCESA. ¡Oh Condesa!

PRÍNCIPE. ¡Cuánto os hacéis desear siempre!

CONDESA. No ha sido culpa mía... ¿cómo estáis Theara?... saludo al señor de Nadjaski.. gran Duquesa... Marqués de Máffeo vos siempre en todas partes.

MARQUÉS. Comme i dio contesa.

CONDESA. Como el dios Momo... ¿verdad?

PRÍNCIPE. Muchachos *(A los camareros)*. Empezad.

(Distribúyense los comensales ante las mesillas del modo siguiente: el Marqués y la Princesa en la cercana al foro: el Príncipe y la Condesa en la de segundo término, y Alejandro. Theara y Olga en la próxima al proscenio).

ESCENA II

Dichos y la Condesa Tiberowna

CONDESA. Tenéis un jerez legítimo, alteza.

PRÍNCIPE. Directo de España.. ¿os gusta el salchichón?

OLGA. Señor de Nadjaski, veo que estáis dispuesto á ingresar en la cofradía matrimonial.

ALEJANDRO. Tal es mi más ferviente deseo.

OLGA. Hacéis bien.

ALEJANDRO. ¿No tomáis una copita de ajenjo?

OLGA. *(Bebiéndola)* Mil gracias.

ALEJANDRO. *(A Theara)*. ¿Os gusta el chartreusse?

THEARA. No.

ALEJANDRO. ¿Preferís un poquito de licor amargo?

THEARA. *(Tomando la copa que le ofrece Alejandro)*. Gracias.

OLGA. Señor de Nadjaski, vuestra galantería os impide serviros... *(Cogiendo una botella y una copa)*. ¿Aceptaréis esta copita?

ALEJANDRO. Rendido de gratitud, gran Duquesa.

MARQUÉS. ¡Oh principessa!... credete che io pranzo, sempre con molto apetito.

PRÍNCIPE. Alejandro... tened la bondad... *(Acércase Alejadro)*. A propósito de que la señora Condesa está tomando anchoas, referidle la anécdota del Marqués.

THEARA. ¿Te gustan las aceitunas?

OLGA. Prefiero el *foie-gras*.

THEARA. Helo aquí.

OLGA. *(A media voz)*. Querida Theara... tú tienes un pesar que en vano ocultas con inútil esfuerzo.

THEARA. ¡Oh no!...

OLGA. No puedes negármelo... tú sufres.

TEHARA. Yo te juro.

OLGA. Juramento en vano.

PRINCESA. Querida Olga, venid á probar este delicioso pastelillo. *(Va Olga)*.

THEARA. (*Ap.*) ¡Dios mío!... ¡tres meses sin ver á Wladimiro!.. ¿será mi estado visible para que Olga me hable así?... en vano busco donde ocultar mi rubor y en todas partes la voz de mi amor parece delatarme implacable... ¿estará ya en San Petersburgo?... ¿habrá recibido mi carta recordándole su juramento de Trouville?

OLGA. Son deliciosas, princesa .. más permitid que vaya á hacer compañía á Theara.

CONDESA. ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!..

PRÍNCIPE. Marqués, aquí se ríe á costa vuestra.

MARQUÉS. ¡Per tutte santi del cielo!... la signora contesa Tiberowna me fará il favore di crédere che sono veramente il dio Momo.

ESCENA III

Dichos, el Maitre de Hotel.

MAITRE. (*Abriendo ceremoniosamente las puertas del comedor y haciendo una gran reverencia*). S. S. A. A. están servidas.

MARQUÉS. Qüesta voce é un oráculo; qüesta la veritá.

PRÍNCIPE. Al comedor, señores. (*Se dirigen al comedor dando el Príncipe el brazo á la Condesa, el Marqués á la Princesa y Alejandro á Olga y á Theara. Entran en el comedor: la Princesa hace sentar á Olga en el sitio de preferencia colocando á su derecha á Theara y á la condesa. A la izquierda se sientan, Alejandro, la Princesa, el Marqués y el Príncipe. Mutis. Los criados empiezan á servir*).

OLGA. Repito que no soy merecedora de tanto agasajo.

PRINCESA. Hacemos lo que debemos.

PRÍNCIPE. Bien dicho.

OLGA. ¡Parece que estáis obsequiando á una emperatriz!

CONDESA. Señor Marqués, ¿os acordáis de Trouville?

MARQUÉS. ¡Oh! molto, é con piacere... ¿é madama di Marillac, la vostra amica?

CONDESA. Pronto estará en San Petersburgo de paso para Viena.

OLGA. Tendré mucho gusto en verla.

CONDESA. ¿La conocéis?

OLGA. Es muy amiga mía.

PRÍNCIPE. Marqués, ¿queréis que os sirvan macarroni?

MARQUÉS. ¡Oh!... qüesto é un piatto favorito.

OLGA. ¡Escelente sopa tártara!

PRINCESA. Mil gracias, querida Olga.

PRÍNCIPE. Marqués... ¿qué opináis de la salida de S. S. de Roma?

MARQUÉS. Il nostro amatto Re saprá condur á bon fine.

PRÍNCIPE. El Papa crée que saliendo del Vaticano arruina á Roma.

ALEJANDRO. Yo que el Rey, ocupaba ese palacio á la salida del pontífice.

MARQUÉS. Qüesto problema, é comme il altro di Amleto... salire é non salire... ma il Vaticano é un palazzo pieno di *confort* é io credo che il papa non sortirá.

PRÍNCIPE. No se va. . ¿verdad?

MARQUÉS. Ecco.

PRÍNCIPE. Quiere marcharse á España.

MARQUÉS. ¡Spagna é una disgraciata nazione!

OLGA. ¿Te gusta la vida del campo, Theara?

THEARA. Sí.

OLGA. Entonces voy á hacerte una proposición, contando desde luego con tu beneplácito.

THEARA. Dime.

OLGA. Muy cerca de San Petersburgo tengo yo una quinta preciosa y esta deliciosa estación otoñal es muy á propósito para pasar en ella una temporada... ¿quieres venirte conmigo?... estoy sola... mi marido no volverá en bastante tiempo y pasaremos una temporadita deliciosa... ¿aceptas?

THEARA. Si mis padres quieren.

PRINCESA. ¿Qué es ello?

OLGA. Que me llevo á Theara á mi quinta mañana mismo... ¿aceptáis?

PRINCESA. Con mil amores.

THEARA. (*Ap.*) Al menos así, la presencia de mis padres no me será tan temible.

OLGA. Ya verás .. nos divertiremos en grande.

PRÍNCIPE. Señores... hé aquí uua cabeza de javalí, víctima de mis ardores cinegéticos .. más vino, marqués... y vos Condesa... ¡apenas coméis!

CONDESA. Todo lo contrario, Príncipe... ¡si con los platos servidos estoy que no puedo más!

MARQUÉS. In casa dell Príncipe Dalldjasko si pranza comme nell regio ostello di Baldasarre.

PRINCESA. ¡No seáis bromista, Marqués!

MARQUÉS. ¡Oh principessa!... quest'e un fatto.

PRÍNCIPE. Bebed de este Yoanisberg, señor de Nadjaski.

ALEJANDRO. Acepto... pero creo que no saldré muy bien con la mezcla del Burdeos, el Jerez y el exquisito Rhin que me ofrecéis.

MARQUÉS. La testa dell signore di Nadsaski no está tropo bene.

ALEJANDRO. Así, así.

OLGA. *(A Theara)*. Sigo creyendo en tus ocultos pesares.

THEARA. Te engañas, amiga mía.

OLGA. ¡Oh!... ya lo veremos.

CONDESA. Príncipe, habéis cazado con este javalí, la pieza más suculenta de vuestro banquete.

MARQUÉS. Il brazzo del Príncipe, é comme il d'un gladiatore romano.

PRÍNCIPE. Me favorecéis altamente...

CONDESA. Os hacemos justicia.

PRÍNCIPE. Que estoy muy lejos de merecer.

PRINCESSA. He aquí unos faisanes que os gustarán, Marqués.

MARQUÉS. Lo credo principessa.
OLGA. *(A media voz á Theara.)* Tú estás enamorada.
THEARA. ¡Oh!... te engañas .. yo...
OLGA. Al fin y al cabo no es ningún delito.
ALEJANDRO. *(A Theara)* Señorita, ¿un poquito de mortadella?
THEARA. *(Tomándola)* Gracias.
CONDESA. Admiro, señores, el gusto de aquel rey que comía lenguas de faisanes en salsa.
ALEJANDRO. Con lo cual demostraba un gusto á prueba de la suculencia más refinada.
MARQUÉS. *(Como continuando un diálogo)* E certíssimo, Príncipe.
PRÍNCIPE. No conocía tal historia.
CONDESA. ¿Qué historia?
ALEJANDRO. Es extraño que no la sepáis, siendo vos la más encantadora crónica viviente del gran mundo europeo.
PRÍNCIPE. Que la cuente el Marqués.
ALEJANDRO. ¡Destápese el champagn·, para que el señor Marqués tenga más elocuencia! *(Los camareros escancian el champagne).*
MARQUÉS. ¡Bravíssimo!... il vostro talento, é supernaturale.
CONDESA. Empezad marqués.
PRÍNCIPE. Bebamos antes *(Beben)*
MARQUÉS. La mía historia é una leggenda piena di annedotte.
CONDESA. ¿Si?
MARQUÉS. E una donna...
PRINCIPE. ¡Como siempre!
MARQUÉS. Sposa di un conte .. snoi nome... non me ricordo perche la mia memoria é poco felice... ma il nome non importa.
PRINCIPE. No viene al caso.
MARQUÉS. Ecco..... qüesto conte, lo vo á contare, perdette tutta sua fortuna nell chuocco sua *amablissima* molie al vederse senza dannarí é senza gioje.
PRÍNCIPE. ¡Se fué lindamente con otro!
TODOS. Ja... ja... ja...
MARQUÉS Piu ancora il conte moris nell cassino per mano di chi l' abea spoliato de la sua fortuna, nell casino di Monte-Carlo.
PRINCIPE. ¿No sabíais nada de esto, condesa?
CONDESA No... y es muy singular el relato, aunque puede que algo le aumente el humorismo del Marqués de Mafteo.
MARQUÉS. Qüesta é la pura veritá.
CONDESA. Suprimid el juramento, y continuad la historia.
MARQUÉS. ¡*Lasciate ogni speranza,* contesa, perche non posso dir di piú.
PRINCIPE. Se murmura que la esposa del muerto háse retirado á un convento, y que el amante se ha unido á su abandonado cosorte. *(Empiezan á servirse los postres)*
OLGA. ¿Es ese el escándolo del día?
PRINCESA. Si.
ALEJAMDRO. El de hoy, el de mañana... el de siempre.
CONDESA. ¿Quien os lo ha contado marqués?
MARQUÉS. La maldizenza del vulgo.

CONDESA. Pues extraño mucho que yo no lo haya sabido antes que vos.

PRINCIPE. Condesa Tiberowna, en esta ocasión sois semejante al personaje de una mala comedia española que tuve ocasión de ver en aquella corte...

«Todo Madrid lo sabía
¡Todo Madrid menos él!»

TODOS. Ja... ja... ja ..

THEARA. *(A Olga)* ¿Quieres un poco de crema?

OLGA. Con mucho gusto, querida Theara.

THEARA. ¿Te agrada?

OLGA. ¡Es deliciosa!

ALEJANDRO. ¡Gran banquete!

PRINCIPE. *(Levantándose)* Parecéis coaligadas esta noche para anonadarme con vuestras alabanzas, *(Todos se levantan, saliendo en animados grupos al antecomedor)*

MARQUÉS. Benissimo, qüesta é la piu bella maniera di vivere.

PRINCIPE. Ahora tomaremos el café en el salón azul.

CONDESA. ¡Nada os puede envidiar el parisién más caprichoso.

PRINCIPE. Aunque ruso de nacimiento, la cocina francesa siempre me ha encantado.

PRINCESA. ¿Estais á gusto querida Olga?

OLGA. ¿Quien no lo estaría así?

ESCENA IV

Dichos, Ivana que entra sin ser observada más que por Theara.

ALEJANDRO. *(Al marqués)* ¿Os inspira el rón?

MARQUÉS. Sí.

ALEJANDRO. Preparad pues vuestro ingenio.

THEARA. *(A Ivana en voz baja y aparte)* ¿Que hay?

IVANA. Nada, señorita.

THEARA. ¿No está en San Petersburgo?...

IVANA. No... por todas partes he hecho que se indague, y nadie sabe á estas horas el paradero del señor Conde Wladimiro de Obernoff.

THEARA. ¡Ah!...

IVANA. ¿Qué tenéis?

THEARA. ¡Ingrato!... ¡ay de mí!... *(cae desmayada en un sillón)* *(Todos se acercan)*

PRINCESA. ¡Hija mía!

PRÍNCIPE. ¿Qué es eso?

OLGA. ¡Theara!

CONDESA. ¡Dios mío!

PRINCESA. ¡Un médico!

OLGA. No es nada. . el excesivo calor de la habitación... un momento de soledad y esto pasará... yo os lo aseguro

PRINCESA. Pero...

PRINCIPE. Mas...

OLGA. Yo quedaré aquí... idos descuidados que pronto os haremos compañía en el salón azul. *(Vanse todos)*

ESCENA V

Theara y Olga.

OLGA. Aquí hay un misterio.
THEARA. ¡Jesus!... (*Volviendo en si*)
OLGA. ¿Como te sientes, amiga mía?
THEARA. ¡No sé!... ¡Olga!... ¡ah!
OLGA. Tu padeces del alma y te obstinas en callarmelo.
THEARA. No... te lo juro. .
OLGA. Es en vano... tu estás enamorada, y ese amor te martiriza... ¿porque no me confiesas tus penas lo mismo que cuando tu y yo eramos dos colegialillas que no tenían ni alegrías ni pesares que no fuesen al instante compartidas?
THEARA. ¡Olga! ¡Olga mía!...
OLGA. Y ese amor que así te tiene ¿es acaso algún mal para que con tanto afan lo ocultes?
THEARA. Yo...
OLGA. Ofendes mi amistad con tu reserva...
THERA. Pues bien, Olga... si... yo amo... yo deliro por un hombre en cuyo cariño cifro mi ventura toda entera, y hasta la salvación de mi alma, si mi alma, por quererle tiene algo porque arrepentirse.
THEARA Se llama... Wladimiro de Obornoff.
OLGA. No le conozco... y ese hombre ¿no puede aspirar á ser tu esposo?
THEARA. Si... pero...
OLGA. ¿Te ha desdeñado?
THEARA. No lo sé... hoy vencía el plazo en que él me prometió que vendría á pedirme á mis padres, y hoy es el día en que he sabido que no está en la corte.
OLGA. ¿Y eso te preocupa?... ¡bah!... algún retraso en el viaje... algún incidente imprevisto... ¡la cosa no es para que te pongas así!
THEARA. Fuera todo eso muy razonable si el no hubiese jurado.
OLGA. ¡Niña mía!... ¿y tu crees en los juramentos de un hombre?
THEARA. Si... ¿por qué no?
OLGA. Pues yo por no creer en ninguno, ni siquiera creí el de mi marido ante el altar...
THEARA. ¡Olga!
OLGA. Y dime... ese hombre será algún noble...
THEARA. Un conde...
OLGA. ¿Le conociste?...
THEARA. En Trouville.
OLGA. Te dijo ..
THEARA. ¡Lo que yo escuché embelesada!
OLGA. Y tú...
THEARA. ¡Le idolatro!
OLGA. ¿Prometió ser tu esposo?...
THEARA. Me lo prometió solemnemente.

OLGA. Pero ese juramento...

THEARA. ¡Se lo exijí yo!...

OLGA. ¡Se lo exigiste tu!.. ¡permiteme que me asombre!... cuando una mujer exije á su novio un juramento así es que...

THEARA. ¡No!... ¡no!... ¡no creas nada malo!

OLGA. Eso ya es otra cosa.

THEARA. Ese juramento...

OLGA. No te fiabas de el... ¿verdad?

THEARA. Yo...

OLGA. Haces mal, á mi juicio... si ese hombre no cumple con lo prometido será una ridiculez de á folio que tu le esperes sentada.. allí tienes al señor de Nadjaski... un guapo mozo, un hombre de posición y de influencia... ¿por qué no cambias de derrotero?... para maridos, todos los hombres son iguales.

THEARA. ¡Oh!... no... Olga... yo amo á Wladimiro porque su amor es la primera ilusión de mi vida en toda la plenitud de su fuerza y de su brillo.

OLGA. Si, si... perfectamente... pero... ¿y si se ha arrepentido?

THEARA. ¡Oh!... ¡no me lo digas ni en broma!

OLGA. Mira... para convencerte, estos momentos y este sitio no son los más apropósitos... iremos mañana á mi quinta y allí hablaremos largo y tendido... ¿que te parece?

THEARA. Dices bien... aquí la impaciencia y la duda me torturan á porfía... por un lado mi fé es ciega como la sombra espesa... por otro lado mi duda es feroz como la garra de un tigre, y entre esta fe y esta duda... entre ese sublime creer y esta mortal herida, mi alma llora desesperada, y parece que del fondo de mi corazón empieza á evaporarse el sacro perfume de la pasión divina, á modo de incienso que su aroma disipa entre la cruz del altar y la culpa del pecador... ¡ah Olga, amiga mía!... dices bien, yo escucharé de ti cuanto quieras porque empiezo ya á no escucharme á mi misma en mis monólogos de esperanza y de incertidumbre mortal... vamos á tu quinta, y sí ese hombre á quien adoro tanto, acaso olvidó ya su promesa yo... ¡oh! yo haré lo que tu quieras... lo que tu me mandes... debía morir... ¡pero no!... hay para el alma venganzas que matan más que una muerte hallada en loco desvario... si me ha olvidado... si tiene el horrible cinismo de alejarse de mi, pisoteando placentero la hojarasca de nuestras ilusiones y de nuestros encantos mas bellos... si se va llevándose convertida en una sonrisa de burla lo que es para mí un cielo del cariño... ¡que se vaya!... ¡que se aleje!... acaso yo en mi despecho profundo, me acuerde de que Nadjaski me ama, de que ese hombre puede vengarme sin que él mismo lo sepa, de que ese hombre ambiciona mi

cuerpo, y me entregaré á él... si... á él... muda, desatentada... estóica... le abriré los brazos como el náufrago á la tabla salvadora .. y aunque al sentir sus caricias sienta con ellas la agonía más horrenda... ¡seré suya!... ¡seré suya para siempre!... (*Transición*) ¡Oh!... ¿que poder es el de la duda infernal que así hasta hace que yo hable como una loca?... no me oígas Olga... no me creas... yo misma lo estoy oyendo y me estremezco de pavor.

OLGA. ¡Piensas admirablemente!

THEARA. Si esto es pensar bien, que como bien me resulte... el desengaño este puede aun ser más horrible para la sociedad, para lo humano, que para él y para mí.

OLGA. No te comprendo. .

THEARA. Ni lo pretendas, amiga mía... Vámonos mañana á tu quinta... háblame de tu casamiento lo que quieras... enséñame lo que tengas por conveniente... quiero ser tu discípula más aventajada... ¿quien sabe si Nadjaski me lo tendrá luego que agradecer ?... (*Pausa*) ¡Ingrato!... ¡ingrato Wladimiro!...

OLGA. La duda es ya en tí casi una verdad.

THEARA. Empieza á convertirse en ella... ¡que decepción más espantosa!... y ese hombre, ese hombre que me aseguró tanto... ja... ja... ese hombre reconstruirá su corazón como una porcelana que se compone, é irá con él rebosando de perfumes á ofrecérselo á otra beldad, con las mismas palabras, con la misma actitud .. del mismo modo que me lo ofrecía á mí... aunque esa mujer por mucho que en cambio le dé, no podrá nunca nunca darle más de lo que yo le hé dado... ¡Pérfido!. . ¡ingrato!... ¡ingrato! Ahora.., vamos, Olga... que esto quede entre las dos. (*Van á salir en el momento en que entra la princesa*).

ESCENA VI

Theara, Olga, la Princesa Germana.

PRINCESA. Hija mia... nos has dado un susto... ¿qué ha sido ello?

OLGA. Nada... un poco de champagne rebelde y... ¿no es verdad, Theara?

THEARA. Sí, madre mía.

PRINCESA. Lo celebro... vamos al salón azul que ya el café se ha servido.

THEARA. Vamos. (*Vánse por la derecha*).

TELON.

Fin del acto segundo



ACTO TERCERO

Gabinete en la quinta de Olga.

Gran balcón con amplio mirador al foro.

A la derecha una chimenea encendida y sobre la cual habrá un espejo y multitud de caprichos y *bibelots*.

Frente á esta chimenea un sofá de talla y tapicería persa, de alto respaldo, frente al sofá, y sobre una ancha piel de oso blanca, una mesa de malaquita con quinqué de plata labrada, alto y con ancha y cuadrada pantalla de encaje color de rosa; en torno del quinqué algunos libros de lujosa encuadernación.

A la izquierda la puerta de entrada, con tapiz.

A ambos lados de la puerta dos elegantes estátuas de bronce.

La sillería, la alfombra y los cortinajes del balcón de color carmesí.

El conjunto elegantísimo y severo.

Noche.

A través de los cristales viselados del mirador, á la luz de la luna se distingue la arboleda de un extenso parque.

ESCENA I.

Theara é Ivana.

THEARA. (*Sentada en el sofá*) ¡Nada!... ¿verdad?

IVANA. Ni la más leve noticia.

THEARA. ¿Indagaste?

IVANA. Con vehemencia.

THEARA. Mas...

IVANA. Ó la tierra se lo ha tragado ó...

THEARA. ¡Miserable!

IVANA. Lo es ciertamente.

THEARA. ¿Quien te mete á tí á comentar su conducta?... ¡para llamarle miserable nadie más que yo tiene derecho en el mundo!

IVANA. Creí... perdonad...

THEARA. Harto has hecho con ser la mediadora en esa historia de amor que ahora me arroja á la faz la primera ola de vergüenza.

IVANA. Señorita... yo...

THEARA. A tí te llenó de oro el bolsillo y á mí me colmó de veneno el alma... tu codiciabas el envilecido metal... yo ansiaba néctares de pasional grandeza... quedamos satisfechas; á tí te escocerá el remordimiento si en tí la conciencía sirve para algo... ¡ah! mi alma es toda una llaga... se quemó en la hoguera espléndida de su mentir sin nombre, y hoy abrasada por aquel fuego, gime dentro de mí como se queja aquel á quien las llamas de un incendio han corroido la piel.

IVANA. Yo os juro...

THEARA. Juramento falso.

IVANA. Yo...

THEARA. Tu harás de tí lo que quieras .. *con voz baja y temblorosa*) Pero yo... yo ¿que haré de este ser desventurado que como herencia de su falsía se agita en mi entraña?

IVANA. Perded cuidado... eso se arregla facilmente... nadie conoce vuestro estado... Si el conde de Obernoff os abandona, la sociedad no podrá recriminaros nunca...

THEARA. ¡Qué me quieren decir tus palabras sombrías y enigmáticas como la sombra y el enigma mismos!... ¡calla! adivino en ellas algo deforme que me horripila... algo que hiela mi sangre y descompone mi razón en fases de una locura sin nombre... ¡calla, Ivana!...

IVANA. Miro por vuestro bien.

THEARA. ¡Qué detestable mentira!... si por él mirases... si en su interés tuvieses lo que ahora quieres tener, no te hubieras vendido á Wladimiro y tu mano no hubiese sido la que franqueó al conde la puerta de mi habitación de Trouville... ¡Ah!... ¡que amargura tan grande en ese recuerdo al parecer tan pequeño!

IVANA. El señor conde...

THEARA. Tiene el alma negra como la tuya, y como tú, jura en falso siempre que se le antoja... Pudieran perdonarse en el mundo todos los juramentos falsos de la vida... ¡todos menos uno!... el que se hace de constancia á la mujer que se ama... á la mujer que se engaña... Y sí ese juramento tuviera por ley fatal que incluirse en el perdón de los otros, inclúyase también, pero que con él no vaya jamás al olvido la promesa inviolable, el ofrecimiento sagrado de dar nombre y cuna honrada al vástago inocente, producto de la falsía.

IVANA. Tenéis razón, pero...

THEARA. ¡Basta ya!... sé que me abandona... esta casa no es la mía... Ivana... aunque tus palabras me espanten, y este espanto me lleve á donde ni siquiera adivino, yo las tendré presentes .. muy presentes... yo me vengaré

y quiero que esta venganza no me haga esconder e rostro avergonzado... no, Ivana, no, vete... Vete

IVANA. Pensáis...

THEARA. Vete

IVANA. Sea como queréis. (*Váse*).

ESCENA II.

Theara.

¡Infame!.. ¡ah!... más que infame, cobarde... de toda cobardía... (*Pausa*) ¡Tanto asegurarme que no mentía!... ¡tanto decirme que me amaba!... (*Queda pensativa*). La sociedad no podrá recriminaros, acaba de decirme Ivana.. ¿y cómo?... ¡qué sé yo!... hay en esa frase un misterio incomprensible de toda incomprensión... ¿Soy criminal?... ¡no!... soy victima y conmigo gime otro ser... Ardo en deseos de exterminio, y este ser creo que se arrodilla en mis entrañas implorando una misercordia ante cuya magnitud me siento muy débil... ¡Dios mío!... ¿por qué con la culpa haces nacer siempre la piedad? ¿por qué en tus arcanos insondables, el bien y el mal se abrazan en apretado lazo?... Ese hombre me ha engañado; su engaño destroza mi honra toda, y con ella sucumbe el honor de mi familia... ¡oh!... yo pediría al cielo otro caliz de Gethsemani... pero el que estoy bebiendo es más grande, más amargo, más inacabable que aquel... (*Cubrese el rostro con las manos*). Estoy viendo que no viene y le espero todavía... y es que el amor es hermano de la esperanza, y la esperanza es imagen de la viuda del marino, que enlutada y quejumbrosa crée á cada instante ver surgir de las olas el esposo idolatrado... Del mar de mis lágrimas solo surje un fantasma de borroso pero tétrico perfil; espectro de mi dolor; génio de mi venganza... ¡Venganza!... ¡tu nombre femenino es síntesis de algo que Eva comió mezclado con los jugos de la manzana maldita!

ESCENA III

Theara, Olga y Madame de Marillac.

OLGA. Buenas noches, querida Theara.

THEARA. ¡Ah!...

OLGA. Aquí tienes á madame de Marillac que nos ha dado la grata sorpresa de visitarnos.

MAD. ¿Como estais, Theara?

THEARA. Bien, gracias.

OLGA. Madame de Marillac es nuestra vecina desde ayer.

THEARA. ¿Si?

MAD. He comprado el castillo cercano, y ayer ignorando que tan cerca os hallabais, me vine á pasar una temporada en mi nueva posesión.

OLGA. ¿Os ha costado mucho?

MAD. Una bicoca... figuraros que el castillo con todo su mobiliario no me ha costado más que millón y medio de rublos.

OLGA. Realmente que es una verdadera ganga.
MAD. ¡Y tanto!
OLGA. La condesa Tiberowna nada me dijo de tal compra.
MAD. Desde Trouville no la he vuelto á ver... y decidme, Olga, ¿cómo os va en el matrimonio?... os casásteis tan de incognito... aún no tengo el gusto de conocer al gran Duque vuestro espcso.
OLGA. Mi esposo es un judío errante... siempre de viaje, durante el tiempo de nuestro matrimonio apenas le he tenido á mi lado... pero pronto se verá satisfecha vuestra curiosidad de conocerlo.
MAD. ¿Sí?
OLGA. Llega esta misma noche.
THEARA. Así no podrás censurar su desvío.
OLGA. Hace un momento qne en un telegrama expedido en Londres me anuncia su inmediata llegada.
THEARA. ¡Oh!
OLGA. ¿Suspiras?
MAD. Algún recuerdo...
OLGA. Sabéis...
MAD. Theara recordará sus amores de Trouville.
THEARA Madama...
OLGA. Nada tiene de particular que así sea... ¿no es verdad?
THEARA. Sí... mas...
MAD. Perdonad mi indiscreción.
OLGA. No hay tal .. Theara cifró su ventura en un hombre que muy fácilmente la ha olvidado... esto se ve todos los días con una frecuencia abrumadora... Yo la aconsejo que tome revancha cumplida y se obstina en no hacerme caso.
MAD. Sois un diablillo, Olga.
OLGA. ¿No hago bien? .. ¡si no tiene vuelta de hoja!... á engaño, engaño y medio.
THEARA. Olga...
OLGA. Aún conservas vestigios de convento... desecha de tí esa tristeza, y piensa en que tienes un buen partido...
MAD. El señor de Nadjaski...
THEARA. También sabéis...
MAD. Ha corrido tanto en sociedad esa noticia que no puedo menos de hacerme eco de ella.
THERA. ¡Con cuanta antelación se comenta lo que no sucede!
OLGA. Pero sucederá querida mía.
THEARA. Por mí. .
OLGA. Por tu despecho mismo.
MAD. Olga dice bien... el primer desengaño no es en la vida más que la primera contrariedad.
OLGA. Ni más ni menos.
MAD. Muy justamente.
THEARA. Pues yo no opino así.
OLGA. Variemos pues de conversación.
MAD. Dispensadme... es un poco tarde, y el cansancio del viaje me obliga muy á mi pesar el dejar tan grata

compañía... Mañana tendré el gusto de volver para saludar al gran Duque... Olga... adiós... y vos Theara, disimulad sí...

THEARA. No hay por qué...

OLGA. Adiós, amiga mía, honradnos más á menudo con vuestras visitas, y creed qne mi esposo tendrá un verdadero placer en conoceros.

MAD. Buenas noches. (*Váse seguida de Olga, que la acompaña hasta la puerta y vuelve*)

ESCENA IV

Theara y Olga.

OLGA. Mal disimulas tus sentimientos.

THEARA. No puedo menos, Olga... esa señora me ha hablado de mi ventura en medio de mi dolor, y hablar á un alma de tiempos que fueron es lo mismo que recordar al muerto la vida perdida, yendo á enardecer su helada osamenta con relatos pomposos de luz, de color y de armonía.

OLGA. Mira, Theara... cuando yo era muy joven tuve como la tuya una pasión romancesca... yo adoraba al que decía adorarme... se fué... no lo volví á ver y... me casé con el gran Duque.

THEARA. ¡Ah!.. es que la pasión mía, más que pasión es síntesis radiantísima de todo mi ser... olvidarla, arrancarme de cuajo lo que es alma de mi alma... me es muy duro, mucho... y no obstante, Olga, te escucho y te comprendo... y escuchándote y comprendiéndote de tal modo que en ello me veo envuelta, no puedo menos de... de seguir amándole con toda mi vida.

OLGA. ¡Tontería sin igual!... la venganza mejor que debes tomar como resolución de irrevocable firmeza, es presentarte casada ante ese hombre, cuando acaso cansado de sus devaneos vuelva á tí reverdeciendo sus juramentos. Creedme y serás todo lo feliz que relativamente puedas ser en tu sacrificio.

THEARA. Demos tiempo al tiempo y...

OLGA. ¿Le perdonarías?

THEARA. ¡Sí!

OLGA. ¡Alma cándida de toda candidez!

THEARA. Es que á ello me obliga...

OLGA. ¿Quién?...

THEARA. ¡Oh!... ¡nadie!...

OLGA. Entonces...

THEARA. Las almas enamoradas fingen obligaciones absurdas...

OLGA. Creí...

THEARA. Creiste mal.

OLGA. Mira, amiga mía... yo te he traido á mi lado para que te diviertas y no te acuerdes de majaderos amoríos... Manda al diablo á tu galán desmemoriado y goza

conmigo de cuantos placeres puedas imaginar y yo proporcionarte.

THEARA. Perdóname, Olga... yo te lo agradezco todo... tu afán, tu cariño, tu amistad inapreciable... pero no es humanamente posible que yo me cure tan pronto... ¡Es tan honda mi herida, tan honda que para cicatrizarla se necesita tiempo y paciencia!... dos factores de potencia suma que para los males del espíritu son dos médicos muy calmosos, tanto amiga mía, que su empresa es como un problema de vivisección inmaterial, intangible... Vivisección que aplica el cauterio en entrañas que no son de carne y como no lo son profundizan su arcano ante el remedio... ¡Ah!... cuando el alma mía se haya curado para siempre .. cuando la sienta en mí como insensible berruga del sentimiento, yo seré alegre, olvidadiza, locuaz, decidora... entretanto... ¡no puedo!... ¡ya lo ves!... ¡olvidar es disecar un espíritu y como para disecar una planta hay que exprimirla sus jugos, para olvidar hay que agotar antes mucha savia de lágrimas, mucha esencia de recuerdos!

OLGA. Hablas admirablemente y me vas convenciendo.

THEARA Digo lo que el pensamiento me sugiere en sus cavilaciones de tristeza infinita, lo mismo que la noche tiene una voz sin sonido, eco vagoroso del eterno pensar de lo existente ¿Crees tú que la risa es cesación del sufrir? ¡no!... aunque me veas riendo, cuando tiempo de reir me llegue, esa mi risa de entonces será locura alegre de mi sufrir. La risa es casi siempre orgía de una desesperación. ¿A quién le importan penas que no son suyas? por eso toda la humanidad corona sus dolores con sus carcajadas.

OLGA. ¡Es mucha verdad!

THEARA. Tu misma debes experimentarlo.

OLGA. ¿Yo?

THEARA. Finges hacia tu esposo una indiferencia que no puede ser verdadera. ¿Crees tú que yo no veo á través de tu risa el negro perfil de los celos?

OLGA. Pues estás muy equivocada... Ea, no hablemos más de esas cosas... La inesperada visita de Madame de Marillac ha retrasado la hora de tomar el té... Vamos pues al salón japonés y allí esperaremos á que llegue mi marido.

THEARA. Como quieras.

OLGA. (*Tomándola del brazo*). Ya verás que pronto se curá tu romanticismo. (*Vanse*).

ESCENA V

Ivana, y momentos después Nicolás.

IVANA. (*Después de un momento de salir Theara y Olga*) ¡No salgo de mi asombro!... juraría haber visto hace un

minuto al criado del conde Wladimiro... (*Asomándose al mirador*) ¡Un coche de viaje!... ¿que misterio es este?... no distingo bien á través de la niebla del parque... (*Volviéndose en el momento en que entra Nicolás con una maleta que deja sobre una silla*) ¡Nicolás!...

NICOLÁS. ¡Vos aquí!

IVANA. Lo mismo digo.

NICOLÁS. ¿Estáis al servicio de la señora?

IVANA. ¿De que señora?

NICOLÁS. De la gran duquesa.

IVANA. No... ¿y tu?

NICOLÁS. Bueno, gracias.

IVANA. No te pregunto eso.

NICOLÁS. Entónces...

IVANA. ¿Quien es tu amo?

NICOLÁS. El mismo.

IVANA. ¿Quién es el mismo?

NICOLÁS. El gran duque.

IVANA. ¿Y quien es el gran duque?

NICOLÁS. Pues el esposo de la gran duquesa.

IVANA. ¡Mi paciencia se agota!

NICOLÁS. ¿Por qué preguntáis tanto?

IVANA. El gran duque es...

NICOLÁS. Siempre el gran duque... por delante y por detrás... ¡todo de una pieza!

IVÁNA! Te suplico me contestes pronto á mis preguntas sin embajes ni cuchufletas.

NICOLÁS. Yo...

IVANA. (*Ap.*) Este bribón está advertido... (*Alto*) ¿Como dejaste el servicio del señor conde de Obernoff?

NICOLÁS. Pues... pues... porque sí (*Ap.*) La vieja se acuerda de Trouville.

IVANA. Responde.

NICOLÁS. Deciais...

IVANA. ¡Que posma!

NICOLÁS. Dispensadme... no estoy en estos momentos para respuestas de ninguna clase... tengo un apetito bestial... el viaje ha sido largo y... ¿queréis veniros á cenar conmigo?

IVANA. Si.... vamos... (*Ap.*) Así le sonsacaré mejor. (*Vanse*).

ESCENA VI

——

Wladimiro.

Vuelvo por fin á mi hogar... ¡cuanta dicha gozada fuera de él y cuanta amargura también!... es muy extraño que mi esposa no venga á recibirme con los brazos abiertos, ansiosa de mi presencia... ¡bah!... la culpa la tengo yo que con mi constante desvío no he hecho de esa mujer un angel sediento de mi cariño... (*Se sienta junto á la chimenea en el sofá.*) No he de ser yo por cierto el que me tome la molestia de anunciarme personalmente... para ello hay en mi casa

bastantes criados, y si la señora gran duquesa quiere ver á su esposo, su marido la espera al amor de la lumbre muy tranquilamente... (*Hojea distraido algunos de los libros del velador*) ¡Buena literatura!... mi cara mitad pasa el tiempo leyendo las porquerías de Zola y las sandeces españolas de la Pardo Bazan... (*Pausa*). ¡Es en vano!... esa imagen es en mí, encarnación de algo singularísimo y punzante como si en lo impalpable del alma tuviera adherida una espina de algún calvario de sentimientos... ¡Theara!... ¡Trouville!... ¡ah!... ¡que recuerdos tan hermosos!... (*Pasea por la estancia deteniéndose en el mirador*). ¡Pobre niña!.. de mis alegres infamias, la que con ella cometí es la que más me abruma y me martiriza!... (*Mirando á través de los cristales*) ¡Que triste noche de nieblas!... esos arboles envueltos en su blanca espesura de sutil cresponaje simulan cohortes de gigantes rebujados en sudarios, y esa luna melancólica, esa luna de faz sombría, parece á través de tanta blancura el rostro de una dolorosa contemplando desde lo eterno un fantástico miserere. . Y sigo amando á esa mujer... si... mi amor concentrado en cuatro puntos de mi ser forma un rombo del sentir en la geometría exterña del deseo... Cabeza pensando en ella... brazos anhelando estrecharla como entonces, y corazón amándola aún á pesar de lo voluble que es esto que late en el pecho mio.

ESCENA VII

Wladimiro, Theara y Olga.

Wladimiro continúa en la penumbra eutre el sofá y el mirador; Theara entra apoyada en el brazo de Olga. La sombra de la pantalla impide reconocerse á Theara y Wladimiro hasta que éste se acerca al velador conducido por Olga)

OLGA.	¡Por fin ha llegado!
THEARA.	Te felicito.
WLADIMIRO.	(*Ap.*) ¡¡Theara!!
OLGA.	¡Esposo mío!... (*Le abraza mientras Theara se sienta en el sofa*) Theara... (*Conduciendo á Wladimiro hasta el sofa*) tengo el gusto de presentarte á mi esposo.
THEARA.	(*Ap. reprimiendo su estupor*) ¡¡Wladimiro!!...
OLGA.	Hele aquí, después de tanto caprichoso viaje.
WLADIMIRO.	(*Dominando su turbación*). Señorita... yo... tengo... una viva satisfación...
THEARA.	(*Fría y serena*). Gracias.
OLGA.	Y ... vamos á ver, señor marido... (*Sentándose al lado de Theara*) contadnos vuestras aventuras... ¡ah!... ¡que cabeza la mía!... perdoname Theara... esposo mío, aqui os presento á la señorita Theara Dalldjasko, íntima amiga mía y compañera desde la infancia.
THEARA.	(*Serena y mordaz*). Caballero... tengo el gusto...
WLADIMIRO.	Tenéis (*á Olga*) una encantadora y bella amiga.
THEARA.	(*Ap.*) ¡¡Que horrible cinismo!!
OLGA.	Véamos... comenzad vuestro relato... ¡cuantas incáutas habrán caido en las redes de vuestros devaneos!... ya sabéis que yo no me enojo nunca con tales histo-

rias... yo soy y seré siempre la gran Duquesa... ¿no es cierto?... empezad, que mi amiga oirá también con agrado vuestro calaveresco relato... ¿que os detiene?

WLADIMIRO. Tenéis un humor excelente.

OLGA. Siempre esquivais la historia.

THEARA. (*Ap.*) ¡¡Muere amor mío!!

OLGA. ¿Estáis fatigado?

WLADIMIRO. Un tanto... el viaje ha sido largo.

OLGA. Sois un perfecto jesuita... ¿no es verdad, Theara?

THEARA. ¡Dios mío!... (*Queda desmayada*)

OLGA. (*Levantándose*) ¡Theara!... ¡Theara!...

WLADIMIRO. Tal vez el calor de la chimenea...

OLGA. Llamad á alguien, Téofilo. .

THEARA. (*Volviendo en sí*) No. . dejadme... Olga... esto no es nada.. el reposo me es necesario...

OLGA. Como quieras... me alegro de que no sea nada... ¡tu estás preocupada con ese Wladimiro del diablo y...

THARA. ¡Olga!.. no me hables de ese hombre... es un imfame...

WLADIMIRO. (*Ap.*) ¡Oh!

THEARA. (*Dirigiéndose á Wladimiro*). Un infame en toda la extensión de la infamia más miserable... (*con sorna*) ¿No os parece así... caballero?

OLGA. Sosiégate... tus nervios están exaltadísimos y...

THEARA. Con perdón del *señor* Gran Duque, este desahogo me es muy conveniente para mi tranquilidad.

OLGA. Téofilo, ¿no defendéis vuestro sexo? ¡es curioso!... ante la irratibilidad de mi amiga permanecéis como una estátua... ¡ja!... ja, ja...

THEARA. Este *caballero*... no puede defender á ..

WLADIMIRO. Yo...

OLGA. (*Abrazando á Theara*) Calma... dispondré que te sirvan una tisana... con que, buenas noches querida mía.

WLADIMIRO. Señorita...

THEARA. *Caa...ballero...*

OLGA. Vamos, (*cogiendo del brazo á Wladimiro*) Adios... hasta mañana, Theara. (*Vanse*)

ESCENA VIII

—

Theara.

¡Miserable!... ¡más que miserable!... (*Levantándose súbitamente del sofá*) ¡Wladimiro el esposo de Olga!... ¡voy á revelarselo todo!... (*Dirigiéndose a la puerta*) ¡No!... (*Retrocediendo*) aquí no hay más que una revelación tremenda... la que acaba de hacerme el destino implacable... ¡Estoy perdida!... (*Pausa*) ¿perdida?... ¡jamás!... aquí, en este desengaño igual al desplome de un mundo de acibar solo tiene que perderse lo que es suyo, lo que es su sangre, lo que yo llevo en mis entrañas como fruto maldito de su perfidia sin nombre... ¡¡Jesus!! (*Cubriéndose el rostro con las manos*) ¡Que idea tan horrenda!... ¡no!... pero si, si... tiene que ser... ¡venganza dame tus ponzoñas!... ¡crueldad

dáme todos tus bronces!... y sea... si... mi alma con su amor mentido se inflamaba como la flor lejendaria de los griegos... ¡cese ya ese resplandor!... ¡muerte, da á mi alma tu soplo más frio!... así, así. . así... parece que la conviertes en esencia de nieve, endurecida por los hielos de mis lágrimas que ahora caen dentro como infusorios mortales con la misma copiosidad que antes brotaban por fuera como lluvias de cicuta. ¡Que pronto se petrifica un alma!.. (*Pausa*) ¡Arrancarlo de raiz!... con mano dura y fuerte... ¡oh!... Después de todo... ¿no soy libre de disponer á mi antojo de lo que es parte de mi propia carne, y de hacerme arrancar de la entraña este hijo aborrecido como pudiera estirpar de mi cuerpo el quiste más asqueroso? ¡Los hijos de amores como el suyo hacen de una madre una legislación neroniana, pero forzosa!... ¿No ha muerto ya en mi todo sentimiento?... ¿no soy dueña de mi persona y de mi voluntad?... ¿y mi libre albedrío?... ¡Que abismos tan negros tiene el despecho en la mujer!... ¿por ventura en tan cruenta operación no he de arriesgar mi existencia?... ¿no lo escusa todo el amor?... ¿y mi honra?... ¿y el honor de mi familia? ¿no hay necesidad de resucitar la primera y salvar al segundo cuando la impureza de un devaneo no lo ha respetado? (*Pausa*) ¡Siento ganas de orar, y la oración se me trueca en la garganta en blasfemia que me ahoga!... las palabras de Ivana... las palabras de esa vieja... resuenan en el fondo de mi conciencia de un modo aterrador... La sociedad no podrá recriminaros, me ha dicho... ¡Tiene razón!... nadie más que ese monstruo, esa harpía y yo conocemos el secreto... ¡que conmigo muera de una vez aunque yo en la demanda sucumba inmolada á mi propio furor!... (*Acercándose á la puerta*) Ivana... Ivana... ¡es necesario que ese miserable no me vea nunca mas que siempre á la misma altura de su esposa!... Ivana .. .

ESCENA IX

Theara é Ivana

IVANA. ¿Llamábais?

THEARA. ¿Lo has visto?

IVANA. Sí.

THEARA. ¡Salgamos pronto!

IVANA. ¡Qué decís!

THEARA. La sociedad no podrá recriminarme... tú misma me lo has dicho... á eso voy á que no me recrimine... ¡pronto!... mi capa de pieles... mi cartera con billetes de banco... ahora los necesito, como nunca podré necesitarlos en el resto de toda mi existencia... vamos .. (*Ivana entra un momento y vuelve con lo pedido*) Sígueme... ese mirador tiene una escalera que da al jardín, cuya verja no tardará en cerrarse.

IVANA. Habéis reflexionado...

THEARA. Tú me indicarás la casa de esa mujer.

IVANA. ¿De qué mujer?

THEARA. De esa que... hace desaparecer tan pronto los vestigios de cualquier deshonor.

IVANA. Deliráis...

THEARA. Sígueme.
IVANA. Yo...
THEARA. Si no me sigues, haré que á ti venga la muerte que yo pagaré, como tú hiciste que el amor de ese bandido fuera á mí porque el te pagaba... Andando.
IVANA. ¡Jesús!
THEARA. Murió por la redención humana .. algo hay en mí que tiene que morir para redimirme... Vamos, *(dirigiéndose al mirador)* ¿qué te detiene?
IVANA. ¡Oh!
THEARA. No hay tiempo que perder. *(Vánse por la derecha del mirador).*

ESCENA X

Olga.

(Asustada). Juraría haber oído pasos por la escalera del mirador... ¡es extraño! Theara... se habrá recogido... tengo miedo no se por qué... *(Acércándose al mirador).* ¡cielos!... ¡la verja abierta!.... ¡ladrones!.... no... no pueden ser éstos... ¡Theara!... ¡Theara! no... responde... nunca el sueño la rinde tanto... aquí ha pasado algo grave... Teófilo... Teófilo... venid... ¡Oh! esa niña anda trastornada y es necesario que no sea yo la responsable de sus actos de loca.

ESCENA XI

Olga y Wladimiro.

WLADIMIRO. ¿Llamábais?...
OLGA. Alguien ha salido de casa por la verja del jardín.
WLADIMIRO. Vuestra amiga...
OLGA. ¡Qué decís!... ¡qué adivináis!...
WLADIMIRO. Ni digo, ni adivino, ni sostengo nada... por vos he sabido que vuestra amiga padece mal de amores, y....
OLGA. ¿Qué?
WLADIMIRO. ¡Qué sé yo!
OLGA. *(Entrando)* ¡Theara!... ¡Theara!...
WLADIMIRO. *(Ap.)* ¡Ha hecho bien!
OLGA. *(Volviendo)* ¡Dios mío!... ¡Theara no está en su alcoba!... llamad gente... ¡que la busquen!... ¡oh!... ¿con que cara me presento yo ante los príncipes?
WLADIMIRO. Calmáos... evitad el escándalo... y más á estas horas.
OLGA. *(Dejandose caer en el sofá)* ¡Desdichada!
WLADIMIRO. Yo me encargo de aclarar el misterio.
OLGA. *(Señalando al mirador)* Ha bajado por allí... Partid al punto en su busca.

TELON

Fin del acto tercero



ACTO CUARTO

Despacho, estilo Enrique III, en casa de Nadjaski.
Puerta al foro y otra á la derecha.
Declina la tarde.
Balcón á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

Alejandro muy pensativo, en su sillón.

¡Quien lo pensara!... ¡en qué mente pudiera caber tan terrible verdad! (*Pausa*) Pronto se hará la luz en mi nublada razón y entonces pensaré mucho mejor que en estos instantes en que las sombras del desengaño y de la noche que viene son incubadoras de mónstruos... ¡Cuánta ilusión perdida! ¡cuánta amargura atesorada en el alma en menos tiempo del que dura un suspiro de amor ó una imagen de risueña esperanza!... ¡Ah! ¿por qué no me lo dijo?... ¿por qué calló, por qué, si la verdad es menos horrible cuando con franqueza se revela?

ESCENA II

Alejandro y Gókar, por el foro

GÓKAR. ¿Dáis permiso?

ALEJANDRO. (*Levantándose*) Adelante.

GÓKAR. Acaban de comunicarme que deseáis utilizar mis servicios y yo siempre estoy pronto...

ALEJANDRO. En efecto, señor Gokar, necesito que arregléis sin pérdida de tiempo mi salida de San Petersburgo.

GÓKAR. ¿Os acompaña la señora?

ALEJANDRO. No.

GÓKAR. Ordenad, pues.

ALEJANDRO. ¿Se llevó mi carta al príncipe?

GÓKAR. Y dijo S. A. que vendría enseguida.

ALEJANDRO. Está bien. He resuelto viajar por algún tiempo, y como no se á punto fijo si tardaré bastantes años en

regresar á Rusia, quiero dispongáis todo lo concerniente, no solamente á mi partida sino también á la venta de esta casa con todo su mobiliario.

GÓKAR. Pensad que ..

ALEJANDRO. Podéis darla á cualquier precio... me es indiferente y y os autorizo para todo.

GÓKAR. ¿Pero qué motivo?... ¡Después de un día de casado!

ALEJANDRO. Respetad las causas de mi secreto y cumplid, como secretario mío, acatando mi voluntad.

GÓKAR. Sea como deseáis... ¿Queréis que avise cuanto antes al notario?

ALEJANDRO. Arregláos como gustéis.

GÓKAR. Y pensáis partir...

ALEJANDRO. En cuanto veáis que la señora sale de aquí con su padre

GÓKAR. ¿Viajaréis... solo?

ALEJANDRO. ¡Qué os importa!

GÓKAR. Lo decía por mí... por si gustáis...

ALEJANDRO. No debéis acompañarme: quedáos aquí, en tanto que recibáis disposiciones mías.

GÓKAR. Perfectamente.

ALEJANDRO. (*Abriendo un mueble y sacando un legajo de papeles que entrega á Gókar*). Hé aquí cuanto podéis necesitar para titulaciones, escrituras y demás.

GÓKAR. *(Cogiéndolo)* Seréis servido.

ALEJANDRO. Id á disponer el asunto porque no quiero perder ni un momento.

GÓKAR. Voy pues á cumplimentar vuestro mandato. *(Vase)*

ESCENA III

Alejandro y Theara por la derecha.

THEARA. Buenas tardes, Alejandro.

ALEJANDRO. Señora...

THEARA. He sabido...

ALEJANDRO. Más que yo ¡Imposible!

THEARA. ¡Alejandro!

ALEJANDRO. No os disgustéis ni creáis que por ello vaya á pediros cuenta ni confesión alguna... No: harto rudo es el golpe que habéis inferido á mis sentimientos para que yo pueda dignamente, provocar aquí una escena inútil y bochornosa.

THEARA. Yo... (*Turbada*).

ALEJANDRO. Guardad todo el silencio que mejor os plazca... ¿No habéis venido con todo el sigilo de una víbora á morderme en lo más delicado del corazón? ..

THEARA. He sabido que habéis llamado á mi padre.

ALEJANDRO. Sí.

THEARA. ¿Queréis?...

ALEJANDRO. Enterarle, ó que me entere si lo sabe, de vuestra infamia sin nombre.

THEARA. ¡Mi padre lo ignora todo!

ALEJANDRO. Mejor... así sabrá á que mujer tiene por hija... á qué mujer me entregué loco de amor y ébrio de ilusión... ¡á qué abismo sin fondo he caído como cadáver arrojado á una cisterna!...

THEARA. Yo os juro...

ALEJANDRO. No intentéis hacerlo .. Jurásteis que érais pura y digna de mi honrado nombre... jurásteis, vilmente traidora, que podíais aspirar al puesto de esposa y de madre...

THEARA. (*Turbadísima*) ¡¡De madre!! ¡Oh!... no me habléis de eso, Alejandro... no... ¡por piedad!

ALEJANDRO. ¿Por qué tan santo nombre os hace tan tremendo efecto?

THEARA. ¡Oh!... ¡callad!

ALEJANDRO. ¡Estáis lívida!

THEARA. ¡Y vos estáis gozando en torturarme implacable!

ALEJANDRO. ¡Tortura!... Hacedme el obsequio de no hablar de martirios ante un desengaño como el mío, porque los supera á todos... ¡tortura! ¿podéis, acaso sentirla?... ¿podéis creer que yo creo en vuestras frases?... ¡necia locura!... ¡insigne majadería que pudiera daros más hipócritas elementos de falsa virtud!

THEARA. Es necesario que mi padre ignore...

ALEJANDRO. ¡De ningún modo!... Quiero que sepa lo que sois; que vea y sienta el oprobio que inferísteis á sus canas patriarcales antes de hundirme á mí en esta cruenta desgracia.

THEARA. ¡No lo haréis!

ALEJANDRO. Será como os he dicho... Ya sabéis que soy hombre de inquebrantable energía, y puesto que yo ya sé, desgraciadamente, lo perversa que sois, anhelo que vuestro padre quede tan enterado como yo.

THEARA. ¡No será!

ALEJANDRO. Intentáis...

THEARA. ¡No lo sé!

ALEJANDRO. ¿Unís á la culpa el cinismo y la amenaza?... ¡Oh!... Ya veréis quien puede más en la lucha y si con diabólica habilidad me cojísteis en red sutilísima, yo sabré cojeros á mi vez en inquebrantables mallas de remordimiento y de expiación... sabré punzaros con todos los aguijones que en estos instantes me acosan á porfía... (*Exaltándose*) Sabré aplastaros... mataros... (*Rápida transición*) ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... me estoy exaltando demasiado cuando no merecéis más que la glacial frialdad del desprecio... Os he prometido no interrogaros ni increparos y empiezo faltando á mi palabra... (*Sentándose con calma*) Retiráos, señora.

THEARA. (*Sentándose*) No.

ALEJANDRO ¡Osáis provocarme!

THEARA. Quiero esperar á mi padre.

ALEJANDRO. Vuestra presencia en litigio tal es absurda.

THEARA. Puesto que no queréis escucharme y hace ya un

buen rato que me estáis insultando sin dejarme proferir palabra, es muy justo que ante mi padre sepáis por mi boca el por qué he venido deshonrada á ese blanco lecho que con amoroso frenesí preparásteis para nuestras bodas: es necesario que ambos lo sepan á la vez. . De vuestros odios y vuestras venganzas no me curo en lo más mínimo... Yo os entregué mi mano porque así lo dispuso mi negra estrella y así lo quiso vuestra fatalidad.

ALEJANDRO. (*Levantándose con ímpetu*) ¡¡Theara!!...

THEARA. Todo es hielo en mí y auunque el fuego de vuestra indignación intente aniquilarme no lo conseguiréis porque á los témpanos inmensos ni el mismo rayo los abate.

ALEJANDRO. Decidme al menos que reconocéis que mi indignación es justa.

THEARA. Cuando confiese mi culpa lo sabréis muy claramente.

ALEJANDRO. ¡Me asombra vuestra arrogancia!

THEARA. En cambio yo, ni de mí misma me asombro ya... ¡He sufrido tanto, tanto!...

ALEJANDRO. ¡Vos!

THEARA. Me habéis dicho que no queréis provocar aquí una escena bochornosa é inútil... ¡No me interrogéis, pues!

ALEJANDRO. Deseo que...

THEARA. Cuando hace un momento os decía que no debía mi padre saber nada; era porque yo pensaba aplazar por algún tiempo, necesario al examen de mis penas, al balance de mis dolores y á la cuenta de mis lágrimas esa funestísima revelación que me faltó valor de hacerosla pero que ahora me sobra desesperación para formularla, no digo ante mi padre si no ante el mismo Dios que se dignára juzgarme despojado de toda su misericordia. (*Levantándose*)

ALEJANDRO. Yo exijo...

THEARA. No tenéis el derecho de primacía que concedo á mi padre.

ALEJANDRO. ¡Un esposo es màs que todos los padres del mundo!

THEARA. No lo creo así.

ALEJANDRO. Un esposo juzga y sentencia ante el padre que escucha y calla.

THEARA. El dolor es un código en que se aprenden cosas muy distintas á esas legislaciones del mundo.

ALEJANDRO. ¡Dolor!... ¿tenéis acaso en vuestra alma esa fibra delicada?

THEARA. ¡Volvéis al insulto, caballero!

ALEJANDRO. ¿No me habéis escarnecido vos?

THEARA. Aguardaré en mi gabinete la llegada de mi padre... (*Vase por donde entró sin mirar á Alejandro*)

ALEJANDRO. ¡Perversa y altiva!... ¡mezcla de diosa y reptil!... ¡Cuánto y cuanto se confunde en el alma de la mujer!

ESCENA IV

Alejandro

¿Qué repentina calma adormece mi rencor?... ¿qué podrá Theara decir que mi conciencia no sepa?... ¿Qué historia de dolores guarda en la entraña fría de su infamia sin nombre?... ¿Querrá revelarnos á su padre y á mí cómo se llama el causante de su deshonra, de esa deshonra que cual áspid entre flores háse mostrado terriblemente verdadera bajo la blanca corona del desposorio? (*Pausa*)

Luchan mi alma y mi razón; chocan el sentimiento y la ira en lo más recóndito de mi pecho, y apenas puedo sostenerme agobiado por este deseo de venganza que roe mis entrañas y pulveriza mis huesos... Su culpa marchitó el amor primero de mi alma cuando con toda su pomposa magestad acumulaba ante mis ojos mundos de esperanzas que su villanía convirtió en pavesas de extinto sentimiento... ¡oh Theara!... ¡tenemos que sufrir por igual, ya que la casualidad nos coloca juntos en lo más culminante de nuestras vidas!... ¿Qué red de misterios es la que me envuelve con sus mallas impalpables? ¿qué extraña semejanza existe entre el fondo del alma de esa mujer y la sombría inmensidad en que se revuelve la mía... La culpa es virtud invertida, y la pasión no es más que semejanza de algo que no se adivina pero que sin embargo se siente... ¡Oh!... ¡es mi esposa, aunque reniegue de ello, y en un sólo cáliz se revuelven mi amargura y su perfidia! (*Pausa*). Dice que es esclava del dolor... dice... ¡no!... ¡de esclavitudes hablan siempre el honrado y el criminal, y todos queremos siempre ser inocentes en este mundo!... Lo que siento es que hasta mi rostro haya llegado esa ola de fango envuelta en besos de dulce amor (*Apóyase abatido en el respaldo de un sitlón*).

ESCENA V

Alejandro y el Príncipe

PRÍNCIPE. ¡Querido Alejandro!

ALEJANDRO. *(Reponiéndose)* Señor...

PRÍNCIPE. He recibido tu carta y me apresuro á venir, deseoso de saber que clase de asunto tan urgente es ese de que me hablas que ni siquiera respeta los comienzos de una hermosa luna de miel.

ALEJANDRO. ¡Ah, Príncipe!

PRÍNCIPE. ¿Qué te sucede?... ¿por qué tiemblas y por qué tus labios balbucean frases llenas de conmoción? ¿estás malo?

ALEJANDRO. Señor... hay momentos en la vida en que no se puede decir lo que se quiere, aunque tal querencia nos esté rompiendo el corazón á martillazos de deseos.

PRÍNCIPE. *(Sentándose)* O tú no sabes lo que dices ó la tarde te ha traido con su fresquito una buena dosis de singular humorismo.

ALEJANDRO. Estáis en un error... Lo que tengo que revelaros está tan exento de todo lo que pensáis; tan lejos de vuestras ideas y tan extraño á cuanto nos rodea que yo, solamente, yo, lo siento anidado en mi corazón como venenosa serpiente, anudado á mi garganta como si-

niestro dogal y confundido en mi ser como aleación de tósigos confundida con mi sangre y con mi cuerpo todo...

PRÍNCIPE. ¡Mi asombro toma proporciones colosales, y si no te explicas pronto voy á dar un estallido de inconcebible curiosidad!... ¿Qué pasa en este hogar recién creado?... ¿por qué en vez de risueñas carcajadas de colmada ventura, no percibo más que silencio en torno y lividez mortal en tu rostro?... *(Levantándose impaciente).* ¡Oh Alejandro, Alejandro!... Esta es una broma que has urdido en contra mía... ¡ea, ya me doy por vencido!...

ALEJANDRO. ¡Oh espantosa situación!

PRÍNCIPE. ¿No te he dicho que ya la broma me convence?

ALEJANDRO. No... no creáis que existe semejante broma... vuestra hija...

PRÍNCIPE. ¡Pierdo la paciencia!... tales reticencias me exasperan, y anhelo, te exijo que hables de una vez.

ALEJANDRO. *(Cayendo afligido en un sillón)* ¡Fuérame más soportable el morir que tener que confesaros tan horrenda verdad!

PRÍNCIPE. ¿Qué misterio es el que me ocultas con una angustia que me desgarra el alma?... ¿Nació la desgracia acaso de exceso de felicidad?... ¡Oh no!... vosotros os adoráis reciprocamente... ¿no es verdad Alejandro?.. ¡Por Dios, hijo mío, tú no sabes lo que es sufrir y por eso no comprendes mi incertidumbre, mi duda, mi furor!... sí, mi furor que hace hervir mi sangre y retuerce sin piedad todas las fibras de mi sentimiento... ¡todas! hasta hacerlas destilar veneno, que mezclado con mi llanto dan á mis labios cícutas que me exasperan.

ALEJANDRO. *(Levantándose resueltamente)* Señor... es la primera vez que nos vemos desde la noche fatal de mi boda con vuestra hija... Tengo el alma llena de acusaciones contra ella y os he rogado que viniéseis porque es necesario que sepáis de mis labios que Theara ha inferido á vuestra honra y á mi honor una ofensa que ni con sangre á torrentes podría ser lavada... Yo amaba á vuestra hija... sentí por ella mucho más de lo que el amor puede abarcar en lo humano y transitorio de un querer inmaterial y sublime... ¡Ah, príncipe!... En la senda de la dicha el amor y el pesar son siempre montañas que chocan... ¡Lo se así por tristísima experiencia!

PRÍNCIPE. *(Agitadísimo)* Tus frases... tus...

ALEJANDRO. *(Interrumpiéndole con vehemencia)* ¡Hay tanto dentro de mí, que no una sino cien y cien soledades ambiciono para cada una de mis más insignificantes penas!. . Huyendo de encantos perdidos; persiguiendo el olvido de este funestísimo desengaño, llego hasta el instante de esta terrible entrevista con la convic-

ción de reproducir en ella los perfiles siniestros de mi alma lacerada, las fosforescencias de mis atropellados pensamientos y los centelleos de mi venganza... y os encuentro á vos, ser igualado á mí por ley fatal del destino... ¿Por qué no adivináis de una vez cuanto pugno por confesaros sin hallar palabras con qué hacerlo?. . ¿Es que á cada alma le basta con saber lo que la aflije, por qué es el dolor la esencia de un egoismo pavoroso?

PRÍNCIPE. ¡Es tu acento desgarrador!... ¿Qué es esto, que es esto?... ¿de qué acusas á mi Theara idolatrada?... Dímelo á mí, á mí antes que á nadie, que si el secreto es horrendo sabré guardarlo como en lo más hondo de una tumba, pero sí solo es duda, duda afrentosa, yo, te juro ¡vive Dios! que sabré cruzar tu faz aunque para ello se resuman en mi brazo todas las vacilantes energías de mi edad. *(Precipítase anhelante sobre Alejandro)*

ESCENA VI.

Alejandro, Theara, El Príncipe

THEARA. *(Saliendo por la derecha)* ¡Tened la mano, padre mío!.. cuanto Alejandro os acaba de indicar es verdad... ¡verdad horrenda!... lo sostengo sin inmutarme ante la enormidad de mi delito. . sin alma y sin corazón he sido culpable, culpable de un delito indigno de todo perdón porque mancillé vuestras canas y el amor de N . djaski.

PRINCIPE ¡¡Que horror!!... te estoy escuchando y no te puedo creer en modo alguno... ¡tu deshonrada!... ¡no!... quimera, quimera no más es lo que percibo en el paroxismo de mi furor... dime que mientes... ¡dimelo al punto porque me siento capaz de aplastarte con mis piés como víbora asquerosa de la que en hora menguada pude un día ser padre!

THEARA. ¡¡No sólo deshonrada, padre del alma!!... ¡¡También infanticida miserable!!

PRINCIPE. ¡Jesus!... ¡Theara!... ¡ah!... *(cae pesadamente en un sillon)*

ALEJANDRO ¡Príncipe!

THEARA. ¡Padre mío... ¡Socorro!

ALEJANDRO. ¡¡Muerto!!... Todo es en vano no añadáis el escándalo á la desgracia.

THEARA. ¡Ay de mí!

ALEJANDRO. ¡Salid al punto de mi casa!... ¡salid, y olvidad que en hora maldita de toda maldición pude haceros mi esposa para eterna desventura mía!

THEARA. *(Ahogando sus sollozos)*. Escuchadme un momento, escuchadme por piedad, y si yo ante este cadáver augusto os he de revelar todo lo inmenso de mi culpa, juradme también ante ese tronco inerte que no daréis al mundo el escándalo de nuestra desdicha... Vedme

llorar lágrimas de amargura infinita; vedme aquí exasperada y loca, y criminal y despreciable... pero sabed que si mi honra pudo sucumbir un día, el honor de mis padres permanece inmaculado... Inmenso era el sacrificio que la salvación de ese honor sagrado me exigía implacable y feroz... ya lo he consumado... ¡no me perdonéis jamás! ¡jamás!... yo os lo suplico de rodillas.

ALEJANDRO. ¡Señora!...

THEARA. Alejandro... yo os agradezco vuestro proceder... no sé con que palabras expresaros mi gratitud sin tasa y sin nombre...

ALEJANDRO. Amásteis...

THEARA. ¡A un hombre indigno!

ALEJANDRO. Su nombre...

THEARA. ¡¡Nunca!!

ALEJANDRO. ¿Y si yo os perdonara?

THEARA. ¡Rechazaría vuestro perdón!

ALEJANDRO. Hay verdades que parecen mentiras mientras resultan más verdaderas... Yo os hubiese absuelto de toda culpa si os hubiéseis arrodillado, confesándola, antes de llevaros al altar, pero ahora mi rencor apenas tiene tiempo de pensar en lo que aniquila. . os amé, y os odio como os quise; con el mismo afan, con la misma grandeza, con idéntica profundidad... Quiero y no quiero escuchar el relato espantoso de vuestro crimen...llamaría á la justicia para entregaros á ella y al cadalso después, pero el aprecio de mi dignidad y mi repugnancia al escándalo me impiden hacerlo... Si diera rienda suelta á mis pasiones, os mataría aquí mismo .. pero no... no, salid, separémonos en silencio, huid para siempre de mi lado... y marchad á aquel rincón del mundo ó de la tumba en que no tengáis la eterna desdicha de oir constantemente el grito de vuestra conciencia de hiena... En mi hogar nada os resta ya; en mi corazón tampoco... haré cuenta que mi boda fué no más que un sueño hermoso disipado al rayar el alba. Olvidad que os di mi cariño y mi nombre y volved al mundo con vida para que la vida os sea en el mundo más horriblemente martirizadora que lo que es para mí, mi desengaño cruentísimo.

THEARA. Niña inocente hallé en un amor impuro la causa de mi desgracia .. Aquel hombre me juró ser mi esposo y me abandonó... en mis entrañas llevaba el fruto de mi locura... hallé á aquel hombre en situación que no podía ser mío... ¡ah!... entónces, Alejandro, entónces... una idea monstruosa se aferró á mi mente enardecida... era madre... madre sin ventura... ¡madre de un hijo que el mundo execraría siempre! El aborto es un derecho perfecto de la mujer, me dije... y presa de algo que al infierno mismo me hubiera hecho dirigir mis pasos decidida, entré en casa de una de esas

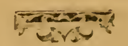
mujeres sin conciencia ni ley, que se encargan de extirpar deshonras.. A ella entregué mi cuerpo y mi bolsillo... ¡ah Alejandro!... aquella fiera introdujo en mis entrañas su garra de pantera y de ellas arrancó el cuerpo de aquella inocencia humana, hija de mi amor culpable... ¡Yo la ví á mis piés envuelta en sangre y en girones de mi alma!... ¡yo la ví arrojada con mis ilusiones al fondo de inmunda sentina, y sin lagrimas en mis ojos, sin nada en mi corazón, libre de aquello que yo consideraba como un tumor interpuesto por la fatalidad entre mi persona y el mundo salí de aquella casa repugnante codiciosa de casarme con vos, tomandoos como instrumento de mi venganza! (*Pausa*) Salvé así el honor de mis padres... estaba satisfecha, como un tigre después de devorar á sus propios hijos... Si no lo hubiese hecho, la sociedad á estas horas me hubiera arrojado de su seno... ¡No puede hacerlo ya, porque carece en absoluto de pruebas con que acusarme ni vos tampoco lo haréis por lo que afecta á vuestro pundonor!... Salgo de aquí ahora mismo... no os volveré á ver. (*Besando á su padre*) ¡Adios padre mío;! el mundo respetará siempre tu nombre y memoria... ¿Hice bien?... La justicia del mañana dará á la mujer el derecho que yo me he anticipado... El problema queda en pie... ¡O es honrada siempre la mujer hasta en la culpa ó es esa misma culpa el derecho al aborto!... Adios señor de Nadjaski... dadme la mano por vez postrera, separémonos con todo el sigilo y el silencio que de suyo reclama esta desgracia sin nombre ni precedente... (*Cogiéndole la mano*). Ni á vos, ni á mí, ni á ese sagrado muerto conviene el escándalo en manera alguna. Separémonos, pues como dos seres que no fraternizan en sus tremendas desdichas.

ALEJANDRO. ¡¡Theara!!

THEARA. Quedad al pie de ese cadáver y ved, ved bien señor de Nadjaski, como salgo de la suntuosa morada en que todo ha concluído para mí. (*Envuélvese arrogante en su capa de pieles y vase*)

TELON

Fin del acto cuarto.



ACTO QUINTO

Boudoir elegantísimo en casa de Theara, en Paris.

Al foro balcon con mirador de cristales y ricos cortinajes.

A la izquierda la puerta de entrada, con tapices y á la derecha una chimenea de porcelana de sajonia, con ancho espejo de luna viselada: frente á ella dos anchas butacas y una mesilla de malaquita con adornos.

A los lados del balcón anchas «etageres» de laca cargadas de «bibelots» y de objetos artisticos

En el centro de la escena un velador con libros de lujosa encuadernación y algunas sillas doradas en torno: pende sobre este velador una suntuosa lámpara de cristal celeste, encendida.

Cuadros «paneaus,» estatuas, etc., completan el decorado de esta estancia, rica y elegantemente sencilla en su conjunto.

Noche de invierno. Lumbre en la chimenea.

ESCENA I

(Theara y Mary que la despoja del abrigo y del sombrero).

THEARA. Está bien, Mary... Dame ahora un libro de esos (*Sientáse junto á la chimenea*).

MARY. ¿Cual de ellos, señora?

THEARA. Cualquiera .. Alguna novela de Bourget... ¿no hay ninguna?

MARY. Si señora... esta.. (*Dándole un libro*)

THEARA. Perfectamente.

MARY. ¿No quiere la señora que la sirva ponche ó thé?.

THEARA. No tengo gana... (*Hojeando el libro*). ¿Ha venido alguien en mi ausencia?

MARY. Si, señora.

THEARA. ¿Quién?

MARY. Un lacayo, desconocido para mí.

THEARA. ¿De parte de quien?

MARY. No lo dijo, pero me entregó esta carta.

THEARA. A ver...

MARY. (*Presentándola una carta en una bandeja que cojerá de encima del velador*). Héla aquí.

THEARA. (*Cogiéndola*) ¡Oh!... (*la deja caer*)

MARY. (*Bajándose á recojerla*) Señora...

THEARA. (*Levantándose rapidamente*) ¡No toques esa carta, Mary.

MARY. Obedezco.

THEARA. Si vuelve ese lacayo, que no se le abra la puerta.

MARY. Mas...

THEARA. ¡Lo dicho!

MARY Está muy bién, señora.

THEARA. Ahora, vete

MARY. ¿Va la señora esta noche al teatro?

THEARA. No sé.

MARY. ¿Preparo algún vestido?

THEARA. Ya te avisaré... Vete. (*Vase Mary*)

ESCENA II

(Theara muy agitadísima arroja el libro sobre el velador y da algunos paseos).

¡Escribirme!... ¡luego está en Paris!... ¡Tanto tiempo pasado, tantas desgracias fatalmente consumadas y tantas lágrimas sorbidas por mí en mi espantoso aislamiento del mundo y de la sociedad!... ¡Escribirme!... es su letra... no me cabe duda.. (*Recogiendo la carta con ansiedad.*) ¡No sé si debo abrirla!.. mis manos arden al cojerla, y al pensamiento de lo que pueda contener, mi alma se estremece de pavor y á mi rostro afluye la vergüenza en su ola más roja y más candente... ¡No! (*echando la carta sobre el velador*) no tengo fuerzas para

leerla... ¡Cinco años después de aquella tremenda escena!... ¿que puede querer de mí el hombre á quien tan vilmente engañé despechada y loca?... ¿que quiere de mí el caballero que me arrojó de su casa á la vista misma del cadáver de mi padre?... ¡De ningún modo! .. habré confundido la letra del sobre... (*Volviendo á cojer la carta*). ¡Es la misma!... ¡trazos iguales á aquellos con que me escribía sus cartas impregnadas de amor profundo; con que me hablaba de cosas que ya entonces mi alma envenenada no podía comprender; renglones idénticos á los otros en que su alma me expresaba enajenada sus ternuras y sus ilusiones!... Yo leería esta carta... yo la grabaría en mí corazón... ¿qué podrá decirme?... ¡Oh no!... al intentar romper el lema con mis dedoscrispados, parece que el papel toma consistencia de piedra, y nubla mi razón una imagen terrible, pavorosa; tragicamente siniestra.. ¡La sombra de mi culpa, más horrenda y mas grande que todas las culpas más abominables del universo (*Siéntase abatida en una silla junto al velador, cubriéndose el rostro con las manos*). Echaría esta carta al fuego., si... ¿qué me detiene?... ¿no me he jurado á mí misma el no recordar nada del pasado? (*Se levanta y se dirige á la chimenea en el momento en que entra Mary*).

ESCENA III.

Theara y Mary.

MARY. Señora..

THEARA. (*Deteniéndose*) ¡Ah! .. ¿qué quieres?

MARY. El lacayo...

THEARA. (*Irritada*). ¿No acabo de ordenarte que no se reciba á ese lacayo?

MARY. Así es en efecto, señora... pero con tanta insistencia solicita la respuesta que...

THEARA. ¡Que se vaya inmediatamente!

MARY. Dice que de no dársele contestación tiene orden de recojer la carta que ha traido.

THEARA. ¡Que insolencia!

MARY. El pobre muchacho está tan azarado, que al decirlo tiembla de pies á cabeza, pues asegura que de no hacerlo así no sólo le espera una buena paliza sino el quedarse sin colocacion.

THEARA. (*Después de un momento de duda, y con gran frialdad* ¡Infeliz!... (*Dando la carta á Mary*) Toma... devuelvesela y dile que no conociendo la procedencia de este pliego, no he tenido á bien el abrirlo.

MARY. Está muy bien, señora. (*Váse*).

ESCENA IV

Theara.

(*Cuando Mary ha salido, permanece un instante indecisa y después se echa en una de las butacas de jnnto á la chimenea, rompiendo en llanto*).

¿Por qué no la leí?... (*Pausa*). ¡Oh! (*Enjugándose el llanto*). Hubiera sido una debilidad que nunca me hubiera yo perdonado á mí misma... ¡Corazón, tú que tuviste temple para llevarme al parricidio, ya no es tiempo de que en raudales de llanto ablandes la dureza de tu bronce! (*Levantándose con fiera arrogancia*). ¡Ningún sentimiento es ya justo que me venza!.. Mi camino está firmemente trazado por

una senda de abrojos... ¡Ya es muy tarde para pensar en retroceder!... Volvamos á ese mundo expléndido en que inutilmente voy buscando una tumba para mi conciencia asesinada. (*Va á salir, en el momento en que entra madama de Marillac)*

ESCENA V

Theara y Madama de Marillac.

MAD. Buenas noches, Theara.

THEARA. ¡Oh madame de Marillac! (*Transición*) ¿Venís á hacerme compañía?

MAD. Ese es mi propósito, mas si váis á salir, no os detengáis por mí.

THEARA. Tengo mucho gusto en que me hagáis la visita.... Vuestra visita, que es siempre para mí tan grata... Venid, aquí... sentémonos junto á la chimenea y departamos como tengáis por conveniente... *(Se sientan)*. ¿Váis á la ópera esta noche?...

MAD. Será probable... ¡me gusta tanto la música!

THEARA. Como á mí... ¿no es verdad?

MAD. Si que lo es... (*Pausa*). Yo traigo cerca de vos, amiga mía, una comisión... mejor dicho, una embajada que no dudo en calificar de difícil.

THEARA. Sepamos... ya sabéis que yo...

MAD. Entre vuestra correspondencia de hoy ¿no habéis recibido ninguna esquelita... interesante?

THEARA. Yo... ¡ah! desde luego comprendo lo que queréis preguntarme... ¿Traéis encargo del señor de Nadjaski?

MAD. Lo habéis comprendido enseguida... Pues bien, Theara... vuestro esposo... ¿por qué no darle tal nombre?... desea que por intercesión mía le concedáis una entrevista... Ya sabréis que él se halla en París y que...

THEARA. No he leído la carta que me dirigió y se la he devuelto conforme llegó á mis manos... ¡Imposible, amiga mía, imposible que yo acceda á nada, absolutamente á nada de lo que con el señor de Nadjaski pueda tener la más insignificante relación!

MAD. El os ama, os adora, y vuelve hoy arrepentido á echarse á vuestros piés... Consideradlo bien, Theara; tened en cuenta que la causa de vuestra ruptura con él no tiene importancia alguna...

THEARA. ¡¡Qué no tiene importancia!! ¡oh madame de Marillac!... vos no lo sabéis... ¡no!... no lo sabe nadie en el mundo más que él y yo... ¿qué digo?... ¡yo misma me horrorizo al recordarlo!... ¡yo misma no lo sé ya ni quisiera haberlo sabido ni saberlo jamás, por qué ese pensamiento me llena de espanto y de remordimientos implacables como víboras que se complacen en alimentarse con sangre de mi corazón!... ¡No!... (*Levantándose bruscamente*). ¡No creáis nunca que fueron frivolidades que pensáis las que abrieron el hondo abismo que nos separa para siempre!

MAD. (*Levántándose asombrada*). No creí... Si tenéis secretos

que yo no deba saber... dispensadme... yo os lo ruego así muy encarecidamente...

THEARA. (*Estrechándola la mano*). Los misterios de las almas son tan inviolables como los de la fe... ¿Habéis visto al señor de Nadjaski?... ¿Es posible que ese hombre quiera hacer las paces conmigo?... ¿qué extraña obsesión le apresa?... ¡Oh!... permitidme que me asombre muy mucho de un suceso de tan colosal magnitud... ¡Si no puedo creerlo!...

MAD. Él me ha dicho que la ruptura de su matrimonio con vos fué únicamente motivada por su carácter que vos no pudísteis sufrir y que...

THEARA. ¡Oh intachable y cumplidísimo caballero!... ¿Será posible que os haya dicho todo eso?

MAD. Ni más ni menos, amiga mía.

THEARA. Pues bien, madame de Marillac, cuanto os haya podido contar es no más que una pura fábula.

MAD. Yo creo que el señor de Nadjaski no es ni puede ser capaz de engañar á nadie.

THEARA. ¡Si fuí yo quien provocó el divorcio!

MAD. No puedo creerlo, Theara.

THEARA. ¿Y por qué?

MAD. Porque os considero incapaz de semejante cosa.

THEARA. Tomaría á risa vuestra ingenuidad sino fuera porque veo en vos un excelente propósito, digno de toda estima... Vamos á ver ¿por qué no podéis creer que el señor de Nadjaski os ha engañado y que yo no puedo ser causa de una borrasca conyugal?

MAD. Permitid que no os responda... vuestra pregunta no tiene, para mí, contestación posible porque me sería muy difícil definir en este momento las cualidades que mi amistad hacia vos y hacia vuestro esposo me hacen ver en vuestras personalidades .. Vos sois un angel de bondad... ¿no es, pues, más factible que fuera un carácter masculino el que en un momento de impremeditación produjera una ruptura que nadie hasta la fecha se explica?

THEARA. Ni podrán explicárselo en su vida, porque esas gentes, ese vulgo, esa sociedad dorada que entre fastuosidades y resplandores desliza su alegre existencia, ignoran en absoluto, como vos, la causa de mi salida del hogar de mi marido, donde quedaba muerto mi padre inolvidable, único testigo de la horrenda verdad que él, al saberla, se llevó á la tumba y que el señor de Nadjaski y yo hemos para siempre sepultado en lo más profundo del olvido y del silencio.

MAD. Mi delicadeza me impide interrogaros... Pero de todos modos, ¿no amáis, no amásteis, no podríais volver á amar á Alejandro?

THEARA. ¡No le amé jamás!

MAD. De manera que...

THEARA. Decidle que no se moleste en vano.

MAD. ¡Oh!... Yo no puedo llevarle tan desconsoladora respuesta.

THEARA Pues es forzoso que así se lo digáis.

MAD. Las hieles se vuelven mieles en paces bien hechas... ¡Quién sabe si ahora podríais amarle como nunca!... Al fin es vuestro esposo.... el que os dió su nombre...

THEARA. (*Arrogante*) Yo tengo el mío y con él me basta.

MAD. No he querido ofenderos... perdonad...

THEARA. (*Hojeando impaciente algunos libros*). Hablemos de otra cosa... (*Pausa*). ¿Os acordáis de Ivana?...

MAD. ¿Vuestra señora de compañía?

THEARA. Sí... ¿qué sabéis de ella?

MAD. Desde la muerte de vuestro padre, perdió Ivana la razón y encerrada en un manicomio allí dicen que murió poco tiempo después.

THEARA. (*Con feroz complacencia*). ¡Gracias, Dios mío!

MAD ¡Theara!

THEARA. No... nada... es una frase melodramática de esta novela... (*Enseñándola un libro*). ¿La veis?

MAD. Ciertamente.

THEARA. (*Deja el libro sobre el velador y se dirige al mirador del foro: Mad. de Marillac curiosea los bibelots de la chimenea y de las «etageres»: Pausa*) ¡Venir á hablarme del amor de Alejandro!... ¡nombrarme á ese hombre en medio de mi más estóico alejamiento de toda pasión humana!.... ¡Imposible!.... Aquella tremenda escena no puede borrarse de mi mente... (*Pausa*), ¡Oh!... ¡y cuánto daría yo, no obstante, por tener alguien á mi lado para descargo de mis pesares y lenitivo de mis torturas!... ¡Qué infame Wladimiro!... el día en que me den la noticia de su muerte será el único grande y solemnemente venturoso de toda mi existencia. (*Queda apoyada sobre los cristales*).

MAD. Tenéis lindezas admirabilísimas en vuestras *étageres*... ¡qué bronces y qué porcelanas!... ¡qué miniaturas de Isabay!... son un portento...

THEARA. Pongo todo lo que véis, á vuestra libre disposición.

MAD. (*Entrando en el mirador*). Mil gracias, amiga mía... Yo lo que en estos instantes deseo no más que pongáis á mi disposición es una respuesta favorable á mi súplica.

THEARA. (*Disimulando para no escucharla*). ¿Jugáis al *ecarté* madame?

MAD. Soy poco aficionada...

THEARA. Vendréis, pues, conmigo á la ópera, (*Salen del mirador*).

MAD. Yo os ruego que reflexionéis...

THEARA. (*Mirándose al espejo y retocándose el peinado*) Las nueve y cuarto... ya es hora.

MAD. Me obligáis á que recurra á un argumento poderoso que yo no quería utilizar por no parecer demasiado exigente.

THEARA. Decid.

MAD. ¿Os acordáis de vuestra madre?

THEARA. ¡Oh!

MAD. Pues bien, querida Theara, la doliente anciana que allá entre las sombras de la cámara de su viejo castillo moscovita llora sus tribulaciones, pensando en vos con asíduo afán y anhelante congoja, sabedora por el mismo Alejandro, que fué á besar sus venerandas canas, del deseo que á éste anima de reconciliarse con vos, me encargó os entregara esta carta, como súplica suprema que una madre moribunda hace á su hija, desde los umbrales del sepulcro que la espera.

THEARA. (*Exaltada*) ¡Madre mía!... ¡madre de mi alma!... ¡Tú fuiste esposa y madre inmaculada, mientras que yo!... (*Reparando de repente en madame. Transición*). Dadme la carta.. dádmela...

MAD. Hela aquí. (*Se la entrega*).

THEARA. (*Aproximándose á la luz rompiendo el sobre y leyendo*):

«Hija mía idolatrada: Los años van pasando y con »ellos esta mí muy triste vida. Antes de morir, antes »de hacer eterna compañía en su huesa á tu inolvida»ble padre, quiero exigir de tí el sacrificio de que ol»vidando tus rencores ó tus dudas hacia tu esposo, »vengáis los dos cogidos de la mano como en el día »memorable de vuestra boda á recibir mi postrera »bendición.»

«Aún ignoro, y no quiero saberlo ya, el motivo que »rompió los tiernos lazos de vuestra unión: sea el »que fuere, olvidadlos... os lo ruega vuestra madre »agonizante y venid á darme la última dicha que me »resta en este mundo.»

«Alejandro te perdona con toda la grandeza de su »corazón, magnánimo por excelencia... Así me lo »ha confesado él mismo llorando enternecido entre »mis brazos temblorosos.»

«Sé tú como él y venid, venid sin perder momento, »porque si tardáis en reconciliaros puede que lle»guéis cuando yo me halle tendida en el lecho de la »muerte.»

«Así te lo pide y así lo espera tu pobre madre

Germana.»

(*Representando*) ¡Oh madre, madre!... (*Cayendo llorosa en una de las butacas de junto á la chimenea*). ¡Ay de mi!

MAD. Sosegáos y haced lo que os pide... ¿Seríais tan cruel que la negárais lo que de vos depende?

THEARA (*Guardándose la carta en el seno y poniéndose en pie con resolución*) ¡Eso no!... no, amiga mía... no me creáis tan dura de corazón... Podéis decir al señor de Nadjaski que le espero ahora mismo.

MAD. (*Abrazándola y besándola*) ¡Así os quiero yo!... Voy al

punto con tan feliz nueva y no dudéis de que en el acto estará á vuestros piés.

THEARA. Id... id... pero que venga solo.

MAD. ¿Creéis acaso que haya siquiera pasado por mi mente la idea de asistir á vuestra entrevista?

THEARA. (*Estrechándola la mano, emocionada*) No os ofendáis... id, id, madame de Marillac.

MAD. Hasta mañana. . adios, querida Theara. (*Váse*)

ESCENA VI

Theara y Mary, momentos después.

THEARA. ¡Yo que había jurado no volver á ver á Alejandro!..• (*Tocando un timbre*). Pero ¿qué puede negarse á una madre moribunda?... Yo que tuve valor para arrancarme un hijo de las entrañas, no tengo fuerzas para resistir al ruego de una madre desdichada por causa mía!... ¡Quién sabe!... tal vez ahora.... El amor es siempre una bella sorpresa.

MARI. (*Entrando)* ¿Ha llamado la señora?

THEARA. Sí... te advierto que no estoy en casa para nadie, excepto para un caballero llamado el señor de Nadjaski á quien harás al punto pasar aquí... Podéis comer... esta noche no tengo apetito... prepara un thé en mi alcoba y apaga las luces del tocador, de la *serre* y del salón.

MARY. ¿Desea la señora algo más?

THEARA. Puedes retirarte. (*Mary saluda y váse.*)

ESCENA VII

Theara.

Ahora á esperarle... á esperarle, contando los minutos de su tardanza para que no me sorprenda con una lágrima en las megillas ó con un suspiro en los labios: á esperarle sin ansiedad, sin pensar en nada que haga palidecer ó sonrojar mi rostro. *(Mirándose al espejo.)* Así... fría... inalterable, altiva, como la noche en que me arrojó de su lado... Aunque haya mucho veneno y mucha lava aquí dentro (*Llevándose la mano al pecho)* que no se vea más que nieve por fuera... (*Pausa*) ¡Perfil de estatua, aunque se tenga el alma inflamada en todas las misteriosas vidas del dolor y de la pasión!... ¡Ese cúmulo de vidas que forma en la nuestra un existir innenarrable de eternidades sin nombre!... En estos momentos de soledad y de silencio en que bien claramente se perciben los latidos del corazón, es muy grato soñar, pensar en algo en que nuestras almas simbolizan lo feliz de su existir... (*Queda pensativa).* Yo quisiera sondear lo negro de mis penas, yo desearía llegar hasta lo último de este martirio indescriptible y beber de una vez cuanta cicuta hirviese en el fondo de su abismo, más inconcebible que lo infinito y más desesperante que un pensamiento de ultra-tumba... ¡Alejandro!... ¡oh Alejandro Nadjaski!... Yo no puedo creer ni en su olvido ni en su perdón... ¿No le dije yo cuanto un hombre puede saber para eterna desgracia suya al día siguiente de su boda?. . Mis ideas se pierden y se transtornan como si me hubiese propinado una buena dósis de eter... ¿Pero qué más que eterismo puro es lo que sentimos cuando en medio del infortunio se nos habla

de improviso de cariños que renacen y de perdones que disipan toda sombra?... ¡Qué se yo!... ¿No nos embriagamos con la esperanza, y no es esa bella y rosada esperanza la que fascina nuestros sentimientos de un modo impalpable y delicadísimo?... (*Dejándose caer lánguidamente en una butaca.*) ¡Mi madre!... ¡oh mi madre!... ¡no me cansaría de beber sus lágrimas á besos con la misma ansiedad con que á suspiros he sorbido yo todas las mías!... ¡Y eso que cada una de ellas eran más amargas que la hiel en su quinta esencia!

ESCENA VIII

Theara y Mary.

MARY. (*Desde el dintel.*) Señora...

THEARA. ¿Qué hay?

MARY. El señor de Nadjaski.

THEARA. (*Levantándose*). ¿No te he dicho que no necesitabas anunciarlo?

MARY. Es que... yo...

THEARA. ¡Que pase al momento! (*Váse Mary.*)

ESCENA ULTIMA

Theara, y momentos después Alejandro.

THEARA. ¡Por fin!... ha hecho bien Mary en anunciarme su llegada porque así no me coje tan de improviso su presencia... ¡Calma, mucha calma!...

ALEJANDRO. (*Desde el dintel*) ¿Se puede?

THEARA. Pasad...

ALEJANDRO. (*Sin entrar*). Dispensad...

THEARA. ¿No os he dicho que paseis?

ALEJANDRO. (*Entrando*). Theara...

THEARA. Como supongo que lo que venís á decirme no debe interesar más que á los dos, permitid que tome la precaución de cerrar esta puerta. (*Lo hace*). Ahora, podéis hablar... yo os escucharé atentísima... empezad... yo os lo ruego.

ALEJANDRO. (*Besándola una mano*) ¡Theara mía!

THEARA. Traéis mucha prisa, por lo visto.

ALEJANDRO. Diérame por muy ofendido con vuestra acción de devolverme la carta, pero...

THEARA. ¿Qué hubierais hecho en mi lugar?

ALEJANDRO. Es verdad... teneis razón sobrada.

THEARA. ¡Sólo la súplica de mi madre pudo franquearos las puertas de esta casa!... Como dama cortés, yo tengo mucho gusto en ofrecerósla como vuestra... ¡Ya sabeis de que manera sé olvidar!

ALEJANDRO. ¡Oh Theara!... Me hallo verdaderamente confundido ante vos... ¿Tendréis la magnanimidad de perdonarme?

THEARA. Todo pasa y todo se olvida con el tiempo, señor de Nadjarki... ¡Sois demasiado noble para conmigo!... Tenéis la galantería exquisita de demandar mi perdón... ¡mi perdón, cuando quien aquí debe hablar de clemencias que se imploran de rodillas soy yo, yo,

Alejandro que os inferí lo más indigno que pueda inferirse traidoramente á nacido alguno!...

ALEJANDRO. Yo os juré que conmigo moriría el secreto de vuestra culpa... (*Pausa*) Fuí cruel en demasía... pero... ¿Quién á la afrenta resiste con faz serena y tranquilo espíritu?... no vengo á recordaros nada, nada absolutamente, Theara, porque á los odios los convierte el tiempo en pavesas del corazón que con ligero soplo aventa cualquier suspiro... Yo os amo, os amo porque veo en vos lo que jamás he podido ni vislumbrar siquiera á través de mis penas y de mis delirios por olvidaros á toda costa... (*Pausa*). Con frase dura y punzante vos misma me dijisteis en fatal momento, que no me amabais... ¡ah Theara!... ¡vos no pudisteis jamás calcular el daño horrible que me haciais, daño que superaba al causado por vuestra culpa en mi dignidad de caballero y de esposo ultrajado!

THEARA. ¿Y es vuestro amor tan grande, tan grande y tan generoso que por él, solo por él perdonáis mi inícuo crimen?... ¡Me espanta la magestad piadosísima de vuestra alma sin par!... ¡Ah!... si yo hubiera sabido que me amábais así, al confesaros mi repugnante crimen me hubiera dado la muerte á vuestras plantas, de Dios para no sufrir ahora la inmensa humillación de verme anonadada por lo sublime de vuestra piedad. (*Cúbrese el rostro con la mano*).

ALEJANDRO. (*Con ternura*) Os he dicho que os amo... ¡no penséis ni por un momento que he venido á gozarme con vuestro llanto! .. ¡no Theara!... eso jamás, porque sería indigno de quien viene á buscaros con el alma dolorida como supremo recurso á su dolor profundídísimo.

THEARA. ¡Oh Alejandro!... ¡es la primera vez que oigo un consuelo en mi agonía!. . (*Llora*). Yo me había propuesto blindarme contra todo afecto... y venís agitando palmás de olivas que jamás cobijaron mis congojas y mis angustias. . venís como redentor excelso de mi pecado monstruoso mostrándome vuestro corazón colmado de sentimientos generosísimos... venís hablándome con voz que repercute en lo más delicado de mi alma entenebrecida y loca y llegáis afectuoso á estrechar estas mis manos que tejieron vuestra corona de espinas... ¡Oh Alejandro!... de rodillas á vuestros piés, besando vuestras huellas como rendida esclava de eterna gratitud lo considero yo muy poco, poquísimo para vuestra inmensísima acción. (*Cae llorosa en una silla*).

ALEJANDRO. ¡Yo no os quiero más que como á señora de mi cariño!

THEARA. Soy indigna de ello... creedlo.

ALEJANDRO. ¡Theara!

THEARA. Os suplico que me dejéis... salid de aquí haciéndoos cuenta de que solo habéis pasado un mal sueño, y

olvidadme .. ¡olvidadme, diciendo á mi madre lo que queráis!... yo os autorizo para todo... yo os concedo facultades omnímodas para que digáis á la pobre anciana cuanto á mientes se os viniese... Decidla lo que vuestra fantasía tome de vuestra indignación .. ¡calumniadme si queréis!... ¡yo no puedo ser vuestra esposa! ¡no, Alejandro, de ninguna manera!... Yo soy una mujer perversa, una parricida miserable que por salvar su decoro arrojó á la tumba el pedazo más sasagrado de sus entrañas... ¡Idos!... (*Levantándose febril*) ¿no me oís? ¿no me véis expulsandoos de esta casa donde las almas honradas no pueden respirar más que ambientes de cienos y pudrideros?. . ¡Idos, por favor, idos, señor de Nadjanski! (*Pausa profunda*)

ALEJANDRO. (*Con gran calma*) Tranquilizáos... siento muchísimo excitaros de ese modo, pero no puedo acceder á nada de lo que me pedís con tanto ímpetu... vuestra mente se exalta sin motivo... ¿Sois perversa?... pues mi amor extingue esa perversidad... ¿sois culpable de horrendo delito?... yo os absuelvo con todo mi corazón.

THEARA. ¡Qué hombre éste!. . ¡Jesús!.. ¡qué hombre!

ALEJANDRO. La sociedad ignora por completo vuestra falta... los dos convinimos en ahogar en germen el escándalo, y nadie ha dudado ni un instante de vuestra honra ni de vuestro decoro... creedlo así muy firmemente y deponed todo remordimiento para reconstruir el santuario de una dicha obscurecida por circunstancias fatales del momento.

THEARA. ¡Yo no os amo, Alejandro, no os amo!

ALEJANDRO. No me decís verdad, Theara, aunque vuestros labios viertan frases con que queréis herirme para que de aquí me aleje... ¡no me decís verdad!

THEARA. Yo os lo juro...

ALEJANDRO. Falsamente.

THEARA. ¿En qué parte de mi ser véis la verdad que oculto? (*Con gran vehemencia*)

ALEJANDRO. ¡En vuestros ojos que la delatan!

THEARA. ¡Si tuviera fuerzas para arrancármelos!

ALEJANDRO. Resplandecería en vuestra frente... ¡Theara idolatrada!... no me habléis de apagar la luz de vuestras pupilas, cuando en ellas se refleja todo el fuego de mi pasión .. (*Cogiéndola de las manos y sentándose ambos en en un divan*). Cuando ciego yo de ira os arrojé de la mansión en que vuestro padre quedaba de cuerpo presente; cuando enloquecido y desesperado salí á mi vez de aquella casa, me lanzé á viajar sin rumbo ni oriente fijo... ¡todos los países del globo me parecían despreciables y en cuantas olas levantaba rugiente el mar en torno de mi yatch, yo veía mil muertes distintas sin decidirme á elegir ninguna, por que todas ellas juntas me parecían muy poco sueño para el letargo en que yo anhelaba sumergirme!... Lo de-

seaba más pesado que miles de mundos triturando en montones la losa de la tumba más profunda del universo; lo anhelaba más eterno que la misma eternidad, para olvidaros entre sus negruzas y sus pavesas... ¡todo fué en vano!... Perdida mi esperanza de morir con una muerte singularísima que sólo debía existir para los enamorados, vagué aquí y allá gastando mi oro á manos llenas y prodigando mi vida con verdadero derroche... ¡Imposible también!... Así las cosas vine á dar en Monte-Carlo... Ya sabéis que allí el juego es el único soberano... pues bien, senteme á la verde mesa con ánimo de arruinarme, pero lejos de ser así á cada puesta crecía mi fortuna con proporciones colosales... ¡No tenía la banca ya más dinero con que pagarme!... En lo más recio y empeñado de la última partida, surje de improviso una disputa vehementísima entre un caballero que había perdido hasta su último franco y yo que me los llevaba todos en abultados fajos de billetes... nos insultamos; nos pegamos. . cambiamos las tarjetas... ¡el duelo era inevitable! Quedó éste concertado para la mañana siguiente, y al rayar el alba, después de varios ataques recíprocos, mi espada quedó clavada hasta el pomo en el corazón del gran duque Teófilo de Püttganieff...

THEARA. *(Con súbita explosión de alegría)* ¡¡El!!... ¡oh Dios mío, qué feliz, que feliz me hacéis!... ¡He aquí el día más grande de mi ventura!

ALEJANDRO. *(Levantándose)* ¿Que estáis diciendo?

THEARA. Ya es hora de que lo sepáis todo... Ese hombre... ese miserable á quien tan providencialmente habéis dado muerte, fué el causante de mi deshonra...

ALEJANDRO.. ¡¡Será posible!!

THEARA. ¡Me habéis vengado!... ¡gracias!... ¡gracias!... Mientras ese infame hubiese existido, yo no podría vivir tranquila en parte alguna, temiendo siempre su presencia y sus palabras comprometedoras de la aparente honra mía que tan cruentamente he sabido sostener sobre el mundo... Ved desde ahora explicada todo la razón de mí horrendo crimen... Soy vuestra; partamos cuanto antes al castillo de mi madre, y seamos felices muy felices, Alejandro.

ALEJANDRO. ¡Theara de mi alma!

THEARA. ¡Nadie lo sabe!... ¡nadie!... unámonos, pues sin temor á escándalo ni murmuración alguna y convenid conmigo, esposo mio, que la mujer tiene perfecto derecho al exterminio del fruto de un amor ilegítimo y afrentoso para sostener su decoro, su nombre y su dicha ante el mundo y ante la propia conciencia. *(Se abrazan estrechamente)*.

TELON.

Fin del Drama

DISCURSOS

Shakespeare, lord Byron y Chateaubriand, como modelos de la juventud literaria. Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid.

Revolución Artístico-literaria y postergación de la juventud. Discurso pronunciado en el Fomento de las Artes.

Desarrollo de las pasiones en el obrero. Discurso pronunciado en el Centro Instructivo del Obrero.

Campañas del General D. Manuel Lorenzo.

El Conde D'Ayot y la Hidrografía francesa á principios del siglo XIX *en las regiones del extremo Oriente.*

Excursiones militares del Coronel D. Manuel Lorenzo, al país de los Igorrotes. Discursos pronunciados en el Centro del Ejército y de la Armada.

Nuevos ideales del Arte. Dos discursos pronunciados en el Círculo de Bellas Artes.

Aficiones artísticas del obrero. Discurso pronunciode en el Centro Instructivo del Obrero.

El Obrero y las Ciencias. Idem.

Las aristocracias ante el progreso. Primera parte: Edad antigua.—Segunda parte: Edad media.—Estudios histórico-críticos leídos en el Fomento de las Artes.

El doctor D. Diego de Torres y Villarroel. Memoria bibliográfica literaria, leída en el Ateneo de Madrid.

Importancia de la taquigrafía en el Ejército. Discurso pronunciado en la sesión inaugural de la Academia Taquigráfica Militar de Madrid.

Disertación filosófico-literaria sobre la locura, el llanto y el suicidio. Conferencia dada en el Ateneo Antropológico de Madrid.

Las Artes y las letras en Filipinas. Discurso pronunciado en el Circulo de la Unión Mercantil de Madrid.

Comercio de los Igorrotes. Conferencia dada en la Asociación de Profesores Mercantiles.

Pedagogía del trabajo. Discurso pronunciado en el Círculo de Trabajadores.

La agricultura como base de todo engrandecimiento intelectual. Discurso pronunciado en la Asociación General de Agricultores de España.

Poemas en prosa. Conferencia dada en el Centro Asturiano.

Cada tomo de esta Biblioteca equivaldrá á dos números de la Revista, ó tres á lo más.

———

Este volúmen vale por los números correspondientes á los meses de Enero, Febrero y Marzo de 1893.

"La Reforma Literaria,"

REVISTA MENSUAL

dedicada á la defensa y propaganda de los nuevos ideales de la literatura universal.

———

Publica ocho páginas de á dos columnas, conteniendo artículos de los mejores literatos jóvenes de España y el extranjero.

Abre concursos dramáticos y literarios para proteger á los escritores noveles.

Reparte libros y Memorias de su Biblioteca especial.

Se publica una vez al mes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Diez reales al año en toda España y doce en el extranjero.

———

Seguirá á este drama el titulado *Alma-Negra*.

———

Se suscribe únicamente en casa del Director-propietario D. Manuel Lorenzo D'Ayot, Luchana, 37, duplicado, principal izquierda, Madrid, en donde también se venden las obras de la Biblioteca.

PAGO ADELANTADO

——

A los señores suscriptores se les regala este libro.